Pedro Prado



La Reina de Rapa Nui

textos.info
biblioteca digital abierta

La Reina de Rapa Nui

Pedro Prado

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9318

Título: La Reina de Rapa Nui
Autor: Pedro Prado
Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 22 de octubre de 2026
Fecha de modificación: 22 de octubre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Dedicatoria

A Juan Francisco González, pintor

Buscando en mi memoria, recuerdo que Ud. conoció a mi amigo. Juntos, una tarde, compartimos su charla y sus uvas finas y rosadas. No he olvidado que, de vez en vez, cuando callábamos, se oía el arrullo de las palomas y el ligero roce que hacían al andar por el entretecho.

Es lástima que Ud. no conserve los hermosos apuntes que tomara de la casa, donde vivió un hombre que me fue querido.

No lo sé con certeza, pero presumo que él también era pariente suyo. Al menos han dicho de Ud. lo que decían de él: es un hombre raro y solitario.

¿Quiere Ud. aceptar el que yo le dedique estas páginas?

Prólogo

Últimos años de un hombre raro

Su viña estaba cercana a mi propiedad.

Como fue amigo de mi padre, me recibía con cariño y deferencia; pero pronto nuestro afecto se hizo independiente de toda causa ajena a nosotros mismos, y mis visitas fueron continuas y prolongadas.

Antes de llegar al pueblo de X., siguiendo el camino que orilla el estero, en una gran hondonada que defienden cerros yermos, se divisaba, entre los árboles del huerto, el tejado de su casa, cubierto de palomas, y un pequeño campanario. El conocido campanario de fundos y de chacras guarda la campana para llamar diariamente al trabajo y pedir auxilio en las noches trágicas de salteos o de incendios.

Desde que se penetraba en los dominios de mi amigo, cualquiera comprendía, aunque no fuese entendido en trabajos agrícolas, que reinaba allí cierto desorden y abandono. Las pircas de los potreros, derruidas en varias partes, dejaban vagar a los animales por los angostos caminos. Muchas veces detuve mi tílbury para espantar un grupo de bueyes perezosos. Los desagües, cegados largo tiempo, hicieron que se formasen lagunas donde, entre los pajonales, algunos queltehues venían a anidar.

La casa misma tenía, en ese entonces, un ala medio en ruinas, que los inviernos crudos de los últimos años han derrumbado. La postrera vez que estuve en ella, crecían las ortigas sobre los paredones húmedos, y una parvada de chanchitos rosados hozaba entre los escombros.

Mi amigo atendía el cultivo de una viña medio ahogada por la maleza, y cuidaba de un colmenar bajo los duraznos envejecidos del huerto. Pero las nuevas familias que salían todos los años, las dejaba escapar. De este modo, muchos vecinos probaron miel gracias a las abejas de mi amigo.

Como las frutas no hicieran lo que las abejas, venían a buscarlas a altas

horas de la noche y, a pesar de los perros, nunca los merodeadores dejaron que se desarrollaran y madurasen en el árbol unas manzanas enormes y rosadas, cuyas cualidades fueron para nosotros un enigma.

Mi amigo era un hombre de regular estatura, enjuto y moreno. Rara vez usaba sombrero. Sus facciones eran definidas: la frente sólida; los ojos, hundidos y brillantes; la nariz, firme; la boca grande, y el mentón saliente, ancho y cuadrado, adivinándosele los huesos duros bajo la piel siempre rapada.

Cuando yo le conocí, tendría cuarenta años, o quizás cincuenta; pero como no usaba bigote ni barba y su cabello era negro, todo cálculo fuera aventurado. Daba la impresión de una edad detenida.

Nunca encontré a nadie de visita en su casa. Vivía solo con su hermana, la señorita Adela, siempre silenciosa, seria y preocupada del manejo de la servidumbre. Ella sólo nos acompañaba a la hora del almuerzo y muchas veces no dijo, en todo el tiempo, más de dos o tres frases. Es posible, por lo que pude entrever, que no congeniase con mi amigo. En su cara pálida y en sus ojos vivos se vislumbraba un carácter firme, y aunque jamás tuvieron una disputa, cada uno entendía las cosas de la vida en sentido diverso.

Yo no he querido y no quiero dar el nombre de mi amigo, porque puede ser pariente del lector, y quizás sus aventuras y su modo de ser y de pensar le molesten. Conmigo le ligaba, asimismo, un lejano entroncamiento, que una tarde silenciosa, mientras oíamos el ruido del agua que subía el molino, me hizo conocer la señorita Adela. Su familia estaba y está relacionada con casi todas las familias chilenas; por esto creo prudente callar. Estoy seguro que Ud. es por algún lado su pariente.

Una vida aventurera en la juventud, y de aislamiento y soledad en los últimos años, dieron a sus juicios y costumbres un sello inconfundible. Había leído mucho; pero su pésima memoria, o su memoria en alto grado digestiva, no retenía más que el jugo último de las cosas, y todo lo accesorio: nombres, fechas, sistemas, nunca ocupó un hueco útil en su espíritu.

Como cierta vez demoraba largo tiempo en la lectura de un libro interesante, le pregunté por la causa.

—Cuando menos lo sé, me dijo, sigo dando vueltas y vueltas a las páginas que mis ojos recorren. Pero mi conciencia no los acompaña, empeñada en seguir pensamientos míos que han tenido su origen en las primeras líneas. Tal vez sea mejor así. Mi lectura no es un acto pasivo. No leo para saber; leo para pensar.

Anotaré algunas otras de sus opiniones, y aunque nadie las estime justas, a mí me recordarán días pasados: aquellos lejanos días de primavera, cuando, en agradable plática, recorriendo los pastales floridos, sonreía con benevolencia ante la inundación de muchachos que, en septiembre, elevaban, hasta en el huerto de su casa, innumerables volantines; o bien cuando, de regreso, desde los últimos potreros que colindan con las primeras casas de X., nos deteníamos, a la oración, a ver cómo entraban a pastorear los bueyes y los caballos hambrientos.

En ese tiempo yo acababa de terminar mis estudios, y tenía impregnada hasta la ropa del olor pedante de los libros. Cada vez que llevaba preparada una controversia, presumiendo sus ideas, él salía con otras opiniones tan imprevistas, que me quedaba confuso y molesto. Así, sobre mi admiración por los filósofos, decía sonriendo:

—Lo que importa no es ponerse a pensar sobre todo, sino buscar el mayor número de situaciones de pensamiento. Cada oficio, y cada hombre, son una situación de pensamiento, y si los viajes ilustran, enseñará más aun el viaje que podemos hacer a otro género de actividad que el que acostumbramos. Los filósofos son seres especializados. Y toda especialización tiene mucho de monstruoso.

Él, que había recorrido mares y tierras por largos años como cargador, marinero, periodista, colono, comerciante, militar cuando la guerra del Perú, contrabandista, curandero, juez, agricultor, agregaba:

—Y luego el moderno afán de las paradojas. Quien anda jugando con ellas revela no tener ninguna originalidad. Es un sistema burdo e infantil ese de pensar al revés. Eche Ud. una mancha de tinta sobre una carilla, doble el papel y oprímalo con fuerza. La grotesca silueta que resulta servirá de base a esos pobres dibujantes sin ideas.

Una tarde de verano estábamos sentados en el alféizar de la ventana de su dormitorio. Poco a poco se iba el día. Por los postigos abiertos entraban, con el primer aire fresco de la noche, los aromas de las flores,

entre los que se distinguía el del floripondio como una claridad más viva. Continuamos charlando en la oscuridad.

Mi juventud, el olor de las flores, el aire callado y las sombras que caían sobre la paz del campo, me produjeron un placer melancólico, propicio a las disertaciones sobre el amor. No recuerdo mis palabras.

—El amor, dijo, es un concepto, una abstracción, una manera de hablar; no se puede construir únicamente sobre él, porque, al igual de todas las cosas, no existe en la realidad aislado y libre. Cuando decimos amor, sólo a él lo tomamos en cuenta. La mezcla inoportuna de estados de amor con el de varias otras circunstancias que en la existencia sobrevienen, y que le son ajenos o contradictorios, lo reducen a algo inestable. De allí proviene su desengaño y escepticismo.

Estar a su lado era vivir en compañía de un hombre tranquilo y sin vicios, porque si bien hacía cuanto en los vicios se hace, siempre fue de un modo natural y discontinuo.

A veces, en verano, en época de vendimia y de chicha nueva, se embriagaba tranquilamente y su rostro adquiría poco a poco una expresión de beatitud y agradecimiento. Sentado bajo los parrones, que dejaban caer las primeras hojas amarillas, su rostro se iluminaba con una sonrisa, antes de penetrar en el sueño apacible.

Este ser extraño y bueno fue nombrado juez de su distrito; pero pronto tuvo que renunciar, porque las sentencias no las dictaba nunca y tenía una afición desmedida por lo pintoresco.

En una ocasión, la policía de X. aprehendió a dos malhechores que, apostados en el camino real, esperaban el paso de nuevas víctimas a quienes despojar.

Mi amigo, en vez de tomar una declaración definida y precisa, se entretuvo en sonsacarles detalles de otras aventuras, y luego conversó con ellos sobre sus vidas duras y peligrosas. Y ante el asombro del secretario del juzgado, dijo a los ladrones:

—Cuánta impresión recibiría yo si hiciera lo que Uds. hacen. Escondido entre la zarzamora, estarse quieto y palpitante en espera del viajero desconocido. Como no se sabe sobre quién va a caer nuestro golpe, uno

llega a sentirse la encarnación del destino ciego.

No eran de extrañar sus palabras; un hombre de hígados era para él el mejor de los libros. En una vendimia, a sabiendas, tomó como trabajador al famoso bandido llamado «El Rucio Parrales». Éste, un hombronazo alto y colorín, estuvo receloso de sus primeras preguntas; mas, pronto, comprendiendo qué clase de patrón era el suyo, refirió sin temor aventuras que mi amigo interrumpía para aclarar los pasajes oscuros.

Cuando supe esta ocurrencia, creí que tenía una gran idea sobre nuestro roto; pero él me contestó:

—Las cualidades que atribuimos a un pueblo sirven para que, separadamente, nos engañen los individuos que lo componen. Y es natural; para que exista algo que se encuentre en todos, es menester no olvidar que ello formará pequeña parte de cada uno. No tengo ninguna idea general sobre nuestro pueblo.

Era extremadamente desordenado; no usaba reloj, y sólo comía cuando le llamaba el apetito. Muchas veces, en la noche, saltó de su cama para ir al comedor en busca de algo que roer.

Como su casa, llena de costras, chorreaduras y remiendos, con el gran tejado cubierto de líquenes, era pintoresca vista contra los cerros pardos y a través de las ramas revueltas de los árboles, convidé a un conocido pintor amante de los paisajes abandonados; evocadores. A la hora de once, sentados en torno de un canasto de uvas rosadas, finas y olorosas, que comíamos entre grandes alabanzas, mi amigo interrumpió mis apreciaciones un poco despectivas sobre la pintura y dijo:

—Los pintores son los verdaderos filósofos. Aman lo que ven, la realidad primera, aunque ni ella sea verdad, todo lo otro es aún más vago y más incierto.

De la gran inquietud de sus primeros años, de sus viajes por la Oceanía, Australia y América, pasó, como piedra que rueda por una ladera, a la quietud de la verde hondonada de su viña entre aquellos cerros solitarios, llenos de cardones de quiscos.

Allí, a medida que pasaba el tiempo, pude notar que le iba ganando una oculta tristeza. Con cierto temor hurgué en su corazón.

—Amigo mío, me dijo; en mis años juveniles creí que lo que deseaba eran nuevas vistas y nuevos aires. Pero eso me trajo fatiga y desilusión. Volví con placer a esta casa que fue de mis padres, y me entregué de lleno a los quehaceres campesinos. Pero tampoco era ese trabajo lo que yo buscaba. Me casé con una buena mujer, que Ud. no ha conocido. Murió hace años. Antes de su muerte, me convencí que el amor no bastaba para traerme la paz. Dentro de mí, un deseo permanece insatisfecho como el primer día. Metido en este agujero, continué en mis antiguas lecturas y, a pesar del aspecto de abandono en que se encuentra todo lo mío, soy rico en demasía. He envejecido; mis dos hijos viven en las salitreras. Están bien de fortuna; son hombres sanos; el porvenir de ellos no me preocupa. Pero este deseo que no sé definir y que ignoro lo que busca y lo que quiere, me va taladrando como una carcoma.

—Sí, le confirmé; le noto a Ud. cada día más callado y taciturno.

—Aunque la tristeza, prosiguió, sea un sentimiento vecino al ridículo, puesto que una cara llorosa es fea y molesta, confesaré a Ud. que me siento triste. Y es como una tristeza de todo mi cuerpo: mis ojos están tristes, y están tristes mi cabeza y mis manos, porque no saben qué hacer.

Trascurrieron algunos meses. Un día del otoño antepasado, oscuro y lluvioso, supe la muerte de mi amigo.

El antiguo cementerio de X., lleno desde hacía muchos años, estaba entonces en el corazón del pueblo. Casas de reciente construcción rodeaban sus muros asomándose sobre los potreros de mi amigo. Tras de las lomas habían abierto un camposanto nuevo. Allí le fui a dejar.

A su entierro no acudió nadie. Muchos creyeron no deberle ningún servicio, porque sólo le habían robado.

Van casi cuatro años corridos desde su muerte. Enfrente del nuevo cementerio hay ahora una casa donde venden licores y comestibles. En ella descansan los campesinos que llevan al hombro los ataúdes llenos. Siempre está aquello en plena soledad de campo. En las noches, se oye ladrar a los zorros. Como las murallas con el terremoto vinieron al suelo, las vacas pastan entre las tumbas. No es raro ver algún hueso sobre la tierra. Es posible que esta noche los grillos canten entre los huesos de mi amigo.

La última vez que vi a la señorita Adela caía el crepúsculo, y ella, en persona, atrancaba las puertas y corría los cerrojos. Supe, cuando hablábamos en la sala, que su hermano había escrito varias cosas, que tal vez estarían por allí abandonadas.

Con su permiso las busqué. En una caja antigua, forrada en cuero de buey, que ya perdía el pelaje blanco y amarillento, encontré un manuscrito leído por los dientes de los ratones y con otras señas de los mismos animalitos.

De vuelta, en mi casa, pude ver que estaba incompleto y lleno de borraduras y tachas. En parte lo he rehecho; pero el título, «*La Reina de Rapa-Nui*», es de mi invención. Las escenas que relata me parece que fluctúan entre los años 70 y 74, poco más o menos.

I. De las predisposiciones a las aventuras

Se ha dicho que Chile es una isla, yo creo que hay pocas islas tan islas como nuestro territorio. En realidad, sólo poseemos una extensa playa. La cordillera nos empuja al mar, y si la contemplamos a la distancia, azul y empenachada de nieve, nos parece una ola gigante floreciendo su espuma; y si trepamos por ella vemos, en los días claros, un océano inmenso.

En la región austral, las aguas se internan en los valles estrechos y forman millones de islas. Veo en ello una invitación, y veo en los hermosos archipiélagos escuadrillas de naves haciéndose a la mar.

Aun la conquista de Antofagasta y Tarapacá fue la conquista del fondo del océano, porque toda esa tierra salitrosa estuvo sumergida. Y, río en el mar, la gran corriente que viene del polo y baña nuestras costas, nos ayuda a dejar el país y a aventurarnos en las soledades del Pacífico.

Yo siento una pasión profunda por el agua. De pequeño, amé la lluvia. Cuando caía en el patio de casa, con una curiosidad ilusionada contemplaba los pequeños ríos, los lagos minúsculos, las bahías abiertas que rizaban las ráfagas de viento. Mi hermano Diego corría en busca de diarios viejos, e hacíamos numerosos buques de papel. Yo, en representación de la Providencia, con una escoba, formaba tempestades terribles. Si llovía en tiempo de moscas, pillábamos las necesarias y todas, después de arrancarles las alas, cumplían a maravilla con el oficio de marineros. Era de ver cómo trepaban a inspeccionar las velas, y cómo, atareadas, iban de la proa a la popa, de la cala al puente, llenas de una agitación extraña. Pero Diego, que era muy impaciente, concluía por poner fuego a las naves, y entonces mis tempestades se tornaban horrorosas. Sin embargo, en nosotros no había crueldad; por el contrario, sentíamos una inquietud indecible al contemplar los naufragios de los blancos barquichuelos que alimentaban a nuestra fantasía.

Muchacho aun y emancipado de la tutela familiar, me establecí en Valparaíso. Allí estuve dos años como empleado de la casa Grace, y

luego, como redactor noticioso de *El Heraldo*.

El mar de la bahía no me hizo impresión; pero los vapores y grandes veleros que salían diariamente, llevaban a bordo a mi pensamiento. Europa nunca me atrajo; la adivinaba vulgar; en cambio, el Occidente legendario me producía nostalgia.

Un día amaneció en el puerto la barca francesa «Jean Albert». Por una casualidad supe que iba con destino a Tahití; pero antes debía recalar en la Isla de Pascua. Embarcaba una partida de cerdos consignada a la orden de un señor Bornier, colono, según me dijeron, de aquella tierra lejana.

¡La Isla de Pascua! ¡Rapa Nui! Cuando estudié geografía, mi ramo predilecto, me llenaba de orgullo el párrafo aquel que dice: «Chile posee en la Oceanía la Isla de Pascua, la única colonia que puede ostentar la América del Sur». La única colonia era nuestra! Encontré natural que se nos comparara a los ingleses. No se trataba, en verdad, de una gran extensión de tierra; pero, en cambio, era una tierra misteriosa. ¡Rapa Nui, resto de la antigua Lemuria! ¡Lemuria, continente fabuloso más antiguo que la famosa Atlántida y ante el cual las sencillas imaginaciones de los sabios han quedado en silencio!

Corrí en busca del director de *El Heraldo*.

—Señor, le dije; ha llegado a este puerto un barco que se dirige a la Isla de Pascua. ¿No sería conveniente que este periódico aprovechara la oportunidad, y enviase allá a alguna persona que, más tarde, imponga al público de lo que significa esa isla fantástica?

El director, un vejete dado al amor, con cuánta claridad lo recuerdo, se puso de pie, se acercó a mí silencioso y, sin dejar de mirarme, me tomó de la solapa de la chaqueta y se puso a reír con un modo acompasado y burlesco.

—Señor... le repetí.

—Amiguito, es Ud. el fantástico al pensar que *El Heraldo* pueda facilitar dinero para una empresa semejante. Aquella isla es completamente inútil; todas las otras naciones la han despreciado, y a ello debemos que sea colonia nuestra. Mire Ud. que hacer tamaño viaje y todo para venir después a contarnos crudezas de unos salvajes aficionados a los placeres

de Venus! No, amigo; no.

No le dejé concluir. No puedo recordar ahora todas las razones que le aduje, pero no me olvidaré jamás de la risa incontenible que le produjeron. Echado sobre un sofá, se retorcía en medio de grandes carcajadas. Sea por lo mucho que le hice gozar con mis supuestos conocimientos sobre las costumbres de aquel pueblo, sea por otra causa, lo cierto fue que conseguí el valor del pasaje y un «No tenga Ud. cuidado, a su regreso veremos». Pero todo esto importa poco.

Una mañana de Enero, dos meses después de mi partida de Valparaíso, aburrido y maltrecho, llegué a bordo de la «Jean Albert» a la vista de los volcanes de Rapa Nui. El viaje había sido molesto por las grandes calmas y la mar boba que dieron a la barca un balance terrible. Mas, luego el torrente de los vientos alisios nos hizo recuperar el tiempo perdido. Confesaré que el mar me desilusionó. Sólo en las tardes algunos crepúsculos soberbios con nubes de fuego y oro formaban en el horizonte lejano un reino de islas encantadas. Nuestro barco con la proa al poniente se encaminaba hacia ese mundo desconocido. Una luz amarillenta teñía el espacio. El mar se tornaba cristalino; las olas verde y rosa eran de una transparencia profunda; las espumas, malva y oro, hacían una música divina, y el erguido velamen, ardiente en la luz y azul en la sombra, avanzaba como una hoguera sobre el mar.

Los marineros, acodados en la borda, contemplaban en silencio la lejanía. Los rostros, iluminados y rojos, tenían un aspecto imprevisto. El sol poniente transparentaba la sangre de las manos puestas a contraluz, y el viento, perfumado de infinito, hacía temblar a aquellas almas toscas como a las ásperas cuerdas del navío.

II. Rapa Nui

Se sentía enfermo, con fiebre, y la cabeza dolorida. El viento continuo, de fuerza extraordinaria, acrecía mi malestar. Aquella mañana, el cielo entoldado por nubes delgadas, dejaba caer un reflejo molesto. El mar se movía fuerte y pesadamente. Innumerables sargazos flotaban siguiendo el vaivén de las olas. Defendida por sus altos y rojizos volcanes, Rapa Nui, desnuda de grandes árboles, era una masa enorme, oscura y silenciosa. La playa blanca de Angapiko se veía salpicada de curiosos. Tres pequeñas embarcaciones se aproximaron con rapidez.

La descarga de la *Jean Albert* se hizo con gran dificultad. Un cordón distante de espuma blanca mostraba la línea de los arrecifes de coral. Las chalupas, entre las olas agitadas, quedaban ocultas un instante para luego aparecer cada vez más lejos. Afortunadamente, todas lograron cruzar el paso peligroso: la entrada del angosto canal que corta la sirte.

Antes de ir a tierra conocí a bordo a un viejo danés, a quien llamaban Adams, y al señor Bornier, únicos civilizados que vivían en la isla. El último, un francés terco, barrigudo y cejijunto, me acogió malamente. En cambio, los nativos, hombres de una elegancia admirable en los movimientos, me ofrecieron, por algunas chucherías, gallinas, conejos y extrañas legumbres. Todos iban desnudos; su color era ligeramente tostado y amarillento; sus cuellos, largos y femeninos; y sus músculos, elásticos y poco ceñidos. A cada instante se lanzaban al agua para dirigirse a tierra, nadando con una rapidez asombrosa.

Cuando al dejar la chalupa, con el agua hasta la rodilla llegué a la playa, me sentí por fin seguro. ¡Oh! el segundo aquel en que debíamos embocar el angosto canal, ¡y sólo teníamos delante montañas de hirviente espuma! Una fuerza irresistible cogió de pronto a nuestra embarcación, y fuimos lanzados como en medio de un vértigo al centro del estrecho canal. Todos, instintivamente, cerramos los ojos.

Ya en tierra nos dirigimos a casa de Bornier. Trepamos a un ligero altozano cubierto de una yerba leñosa y resbaladiza. En mitad de él, y

dispuestas en semicírculo, había media docena de casas de madera. Más lejos, se divisaban las ruinas de una construcción de piedra y algunas chozas extrañas, como grandes y largas canoas tumbadas, con gateras estrechas, por las que entraban y salían hombres, mujeres y chiquillos. Todos iban en busca de los marineros para ofrecer sus transacciones. Con cuánto asombro vi cambiar una gallina por una caja de fósforos; un conejo, por un alfiler; un ídolo embutido en una botella de paja, por una chaqueta inservible.

Pasaban delante de nosotros mujeres graciosas con túnicas blancas que el viento impetuoso hacía flamear como banderas.

Poco antes de llegar a la casa de Bornier, un viejo me alcanzó. Tenía la cabellera rojiza y los labios teñidos de azul. Por único vestido ostentaba un cinturón de hojas de morera que el viento sacudía sobre su pellejo reseco, arrancando a cada instante una hoja. En un francés primitivo me ofrecía un abanico de plumas negras en cambio de mi sombrero. Me pareció excesiva su pretensión, y luego poseer un abanico en un día de viento, tenía poco atractivo.

Yo estaba como desorientado; la cabeza me dolía cada vez más, y mis ojos, ciegos por los torbellinos de polvo, lloraban lágrimas y basuras. Con gran trabajo pude seguir tras mis compañeros. Atravesamos una verja de madera, ahogada por la zarza, que defendía un hermoso jardín apenas entrevisto. Todo, sin embargo, aparentaba el aire de una pesadilla. Hubiese dicho que ensordecía por momentos y que la tierra, bajo mis pies, era algo inconsistente.

Quizás el capitán se expresó bien de mí, porque Bornier volvió hacia donde me encontraba como perplejo y, cogiéndome de un brazo, me hizo entrar, en medio de frases amables.

Penetramos a una pieza grande, casi desmantelada, con periódicos amarillentos en las paredes. Sentados en torno de una mesa pequeña, nos dispusimos a beber. Les imité maquinalmente. Estaba como bajo el aturdimiento de un gran golpe que me hubieran asestado en mitad de la frente. Hubiera querido que nadie advirtiese mi presencia; pero tuve que explicar, una vez más, el objeto de mi viaje. Y la verdad es que no se me ocurría qué decir.

—Señor, le dije en francés, yo he sido siempre muy aficionado a las

aventuras; pero hasta el día de hoy no he podido realizar ninguna. Un viaje como este me proporciona un goce que no puedo explicar. Trataré, a mi regreso, de referir en *El Heraldo* de Valparaíso mis impresiones. Espero que Ud. me preste su valiosa ayuda.

El gabacho no quedó muy contento de mis explicaciones; porque inspeccionándome con impertinencia, fruncidos sus ojillos maliciosos, se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Desgraciadamente, me respondió, voy a aprovechar la *Jean Albert* para ir a Tahití. Estaré de vuelta en dos o tres meses más. Mientras tanto, Adams acompañará a Ud.

Adams hizo un gesto de amable acogida, expresando el consuelo que mi compañía le representaba en su voluntario destierro.

—Ah! ya verá Ud., exclamó con su voz ronca, ya verá las historias que conozco de estos diablos de canacas. ¿Quiere Ud. servirse?

Por la angosta ventana que había a mi derecha se divisaba el mar incandescente bajo el fuego blanco que el sol de medio día enciende sobre las aguas. Por otro ventanuco del frente se veía un bosquecillo de nísperos, naranjos e higueras, sacudido con rabia por la saña del viento.

El Capitán y Bornier hablaron largo rato sobre el viaje a Tahití. Adams vino a hacerme compañía, ofreciéndome un nuevo vaso de aguardiente.

—No, no, gracias, le supliqué. Me siento mal, enfermo.

—Beba, amigo; esto lo sana todo.

Quise oponerme; pero al ver sus ojos y mejillas encendidos, comprendí que estaba algo borracho, y abdiqué otra vez la poca voluntad que me permitía mi malestar.

No pudiendo más, le rogué a Adams que me dejase tranquilo y me tendí sobre un banco de madera. Los pantalones, todavía húmedos, se pegaban a mis piernas. Mis pies eran dos trozos de hielo; mi frente ardía y mi garganta estaba reseca. Largo rato sentí que la casa se balanceaba dulcemente como si la isla flotara sobre el mar.

Algo les diría el danés, porque pasaron a la pieza vecina. Seguí oyendo,

sin entender, retazos de conversaciones que sostuvieron con una nueva persona que tenía la voz agradable como de una mujer. Oí, por último, un choque de copas y pasos que se alejaban. Antes de salir, mi amigo Adams tiró una manta sobre mis pies y puso a mi alcance un vaso de aguardiente lleno hasta los bordes y, sonriendo con malicia, me dejó solo.

Quedaba un gran silencio batido por el viento incesante que, silbando furioso en torno de la casa, sacudía las ventanas y los tabiques. Por las rendijas dejadas por las tablas del piso entraban chijetes de aire húmedo y mal oliente, que hacían enloquecer a los papeles a medio despegar.

En medio de ese alarido ensordecedor, medité en mi aventura. Me encontraba en la Isla de Pascua, en una isla de salvajes situada en mitad del Pacífico y lejos, muy lejos, de todas las rutas que siguen las naves que cruzan el grande océano solitario.

Y, cosa extraña, pensaba en ello tranquilamente, sin arrepentimiento ni entusiasmo; acaso porque no podía creer en la realidad de lo que me rodeaba. Mis ideas y sensaciones no tenían vigor. Imaginaba encontrarme bajo la pesadilla de un sueño estrambótico, en el que un viento impetuoso barría con todas las cosas que hay sobre la tierra y el mar.

III. Coemata Etú

Adams había salido. Yo, sentado en una silla de lona, bajo un angosto corredor, dejaba vagar mi pensamiento y el humo del cigarro. La mañana estaba extraordinariamente quieta. El cielo, de un añil intenso, se veía cubierto de nubecillas redondas y blancas como el copo del algodón. Bajo las moreras del jardín flotaba una vislumbre verde y cálida. Las hojas, quietas y lavadas por las continuas lluvias, brillaban como el esmalte. De los cuadros, donde florecían alhelíes y pensamientos, y de los senderos enmalezados y húmedos, emergía un vaho caliente, denso y perfumado, que subía lentamente entre los troncos, se desgarraba contra las ramas y desaparecía poco después de haber atravesado las copas espesas y oscuras de los árboles.

La atmósfera, diáfana en la altura, prestaba un valor minucioso a los detalles de los volcanes y lejanas colinas que se veían hermosos y cercanos. Por los claros de la espesura se divisaba a trechos el azul resplandeciente del mar.

El jardín de Bornier se confundía con el de la reina. En las parras ásperas y nudosas, destacándose contra la penumbra, los pámpanos transparentes y encendidos por el otoño, eran pequeñas llamas resplandeciendo sobre los sarmientos. Bajo la sombra de un grupo de higueras enanas había dos mujeres. Al moverse, grandes manchas de sol corrían por sus cabellos y por sus túnicas blancas y rojizas. Una de ellas era la reina. Al reconocerme me llamó.

El día anterior el danés me había presentado a la soberana de Rapa Nui. Era una mujercita menuda y graciosa, y tan pequeña que parecía una niña de diez años. Su nombre, Coemata Etú, quería decir Estrella en los Ojos.

Esa mañana una joven le ofrecía, risueña, los higos caídos de las higueras. Escogía sólo los lacios y blanduchos, que se rasgaban de maduros, y con sus dientes blancos desgarraba la pulpa convertida en una miel espesa.

—Ven, me dijo con naturalidad, y me ofreció de sus higos.

La joven siguió recogiendo las frutas caídas.

En verdad que era muy grato estar en compañía de una reina tan sencilla, comiendo, a la sombra de las higueras enanas, higos dulces como el almíbar.

Una brisa naciente curioseaba bajo su túnica anaranjada, y los gallos silvestres cantaban ocultos en los matorrales.

—¿Estás contento? me dijo.

No me preguntaba si estaba bueno de salud, como es costumbre en los países civilizados; me preguntaba por mi felicidad.

—Sí, estoy muy contento, le respondí.

Sus ojos eran grandes, negros y húmedos; su frente, tersa y tranquila; la nariz perfilada, abría las ventanillas sensuales a la brisa marina, y en la boca grande, de labios finos y acariciadores, los dientes blancos sonreían a los higos abundantes. Su cabellera amarillenta era ligeramente tostada como la piel de su pescuezo largo y flexible. De pie, a su lado, yo veía el nacimiento de la espalda y adivinaba los músculos finos y la carne suave y aterciopelada de Coemata Etú.

—¿Qué me miras? me preguntó.

Yo, sorprendido, no supe qué responder.

—¿Me encuentras fea?

—Oh! no, le dije; tú bien sabes que eres hermosa.

Fue ella entonces la que se confundió.

—Ven, Jeca Majina (Canoa de Luna) exclamó dirigiéndose a la joven. Ven y repite a este señor lo que te dijo Kanaroga.

La muchachita, interrumpiendo su tarea, sonrojada, reía en silencio.

—Kanaroga es mi novio, dijo en voz muy baja. Hace dos noches me aseguró que mi mirada quedó prendida de su frente como la hebra de la

araña.

Rieron con alborozo. Coemata Etú cogió de las ramas de la higuera una larga seda que brillaba al sol; la puso en mi mejilla y ambas, alegres como colegialas, corrieron hacia su casa dejándome solo y asombrado.

Sentí sobre mi rostro un levísimo peso; pero ni mis ojos impacientes, ni mis manos intranquilas, lograron desprender la hebra de la araña.

IV. Inú

Jeca Majina tenía una hermana melliza, y ambas habitaban con sus padres la última cabaña situada precisamente donde comienza a enderezarse el camino que penetra entre los renuevos de toromiros y trepa las colinas del norte. Tooa Tafune (Dulce Caracol) se llamaba la hermana y ambas eran idénticas. Coincidencia que explotaría a maravilla el muy listo de Kanaroga.

Aún no se había realizado el matrimonio, porque la novia no alcanzaba los diez años. El nacimiento de las mellizas fue muy celebrado, y Kanaroga se hizo reconocer como futuro marido cuando Jeca Majina cumplió cinco años.

A mí me agradaba permanecer en compañía de las mellizas, porque eran alegres como pajarillos y golosas de las frutas perfumadas que embalsaman la rada de Angapiko.

Una tarde cogí algunas flores del jardín y atravesando la aldea fui a visitar a las mellizas. En una revuelta del camino encontré a un isleño armado de una maza de la madera pesada del toromiro, de una lanza, que llevaba en el extremo un afilado pedernal, y de una hacha de piedra colgada a su cintura. No me atreví a hablarle, pero él me preguntó por Coemata Etú. Le dije que la reina había salido. Se detuvo, indeciso y miró a uno y otro lado. Como, a pesar de ello, nada parecía tramar en mi contra, me atreví a preguntarle qué deseaba decir a Coemata Etú.

—Vengo, me contestó, a pedir permiso para hacer la guerra.

Y sin agregar otra palabra se fue por donde había venido.

Dudando de lo que debía hacer, continué, sin embargo, mi camino, no sin volver la vista de vez en cuando.

Como las propiedades de los isleños no tienen cercos que las separen del campo libre, penetré sin cuidado en la de las mellizas. Detrás de la casa

encontré a la madre sacando agua del pozo.

Ella me hizo saber que sus hijas no estaban y que el padre andaba en la pesca de la careba.

—Volverán tarde, me dijo, porque Kanaroga las llevó a la playa de los caracoles.

—¿Has visto pasar a un hombre armado? le pregunté.

—Sí, sí; le he visto.

—Iba en busca de la reina para pedirle permiso para hacer la guerra. ¿Qué quiere decir ese permiso?

La madre de las mellizas dejó en tierra el cántaro de barro lleno de agua y con ira y tristeza dijo:

—Malo es Inú. Muy lejos arroja las piedras, y las piedras que arroja Inú buscan la cabeza de su enemigo. Toda la isla está cubierta de piedras. Niño, jugaba con ellas y golpeaba el mar para que el mar se enojase. Y lo escupía y lo insultaba, y era muy pequeño Inú cuando hacía todo esto. Ligero para la carrera como el viento de Mataveri y sufrido para la marcha, y en el agua se burla de la langosta porque todo el fondo del mar lo conoce. Pero Inú es malo, porque no gusta de la alegría.

—Dime, volví a insistir; pero ¿por qué pide permiso para hacer la guerra?

—La guerra se hace con permiso de la reina. Los que desean pelear van a la guerra. A veces son varios y en dos bandos se dividen. A veces son dos. Uno hace la guerra al otro, y se arrojan las piedras de la tierra. El enemigo acecha al enemigo, y detrás de las estatuas se esconde. Y pide ayuda a las sombras de la noche y paso a paso va sin hacer ruido. Cuando lejos lo creen, tan cerca está que hiere; pero es más deseable el esclavo y no lo mata. Y el vencedor se lleva al vencido y a las mujeres y a los hijos del vencido, y todo lo que era de su enemigo es suyo, porque el que pierde debe callar.

Nosotros cultivamos lo poco que tú ves; así nadie quiere llevárselo. Mis hijas buscan en el Kau las frutas que a todos pertenecen, y mi marido saca del mar los peces y las langostas.

V. Un parlamento nocturno

Cuando se hacía de noche, las mellizas, acompañadas de Kanaroga, un mozo alto, delgado y sonriente, se encaminaban a la reunión nocturna de los isleños, en la que se da cuenta a la reina de las novedades del día. Terminado el parlamento, a veces nos quedábamos a contemplar las danzas y a oír las canciones que sonaban muy agradables en la calma nocturna.

Una vez, llegados de los primeros, fuimos en busca de la reina. Como lucía una luna hermosa, comprendimos que la reunión se haría en la playa, al aire libre. Coemata Etú no estaba en su casa. Las mellizas curiosearon en las habitaciones vacías y cogieron varios meloncillos limensos que impregnaban el aire, allí encerrado, de un perfume mareador. Mientras ellas los comían con placer, yo me encaminé a la playa por temor a un disgusto de la reina, si ésta llegaba de improviso.

Un grupo de isleños, tumbados en la arena, aguardaban silenciosos. Algunas mujeres reían con los gritos de los niños cuando les mojaban los pies las olas mansas.

Por los senderos que vienen del norte, del interior y del volcán, llegaban los habitantes de las playas lejanas. El penúltimo en llegar fue el emisario que venía de la distante Anakena, a ocho millas de distancia; y el último, Coturhe Uruiri (Fuego Negro), el viejo de Vui Mou.

Después aparecieron la reina y Adams. Ella se sentó en un extremo de la suerte de círculo que formaban los isleños, y el danés buscó sitio al igual de todos. Yo, sentado entre los pescadores de Angaroa, aguardé con curiosidad, porque Adams iba a quejarse de ciertos robos de ovejas.

La arena fresca blanqueaba a la luna. Estrellas azulinas, estrellas doradas, estrellas rojas se veían por el ámbito del cielo silencioso. La Vía Láctea era una niebla de luz, y el Saco de Carbón una sima negra en el profundo color del firmamento. El acompasado sonar de las olas parecía medir el tiempo que volaba invisible. En el mar oscuro rielaban los rayos de la luna.

La silueta nítida de las colinas en sombra les daba un aspecto desconocido, y el viento que dormía había dejado vagando en el aire el aroma agradable de las algas marinas.

—En Anakena, Coemata Etú, el día de hoy y el de ayer son hermanos. La luna dice que el tiempo cambiará, y yo creo que esto será pronto; porque son muy escasas las estrellas que caen en el mar.

Todos, levantando los ojos, contemplamos al mozo que había pronunciado esas palabras.

—Hacia el lado del viento de Mayo, las estrellas caen en abundancia. Yo creo que el mal tiempo hará daño a las fiestas de Areanti, dijo una mujer anciana.

—Las fiestas de Areanti serán tristes, porque pocos alcanzarán a ellas, exclamó el viejo de Vui Mou.

—La época que nombras está aun lejana y te puedes engañar, dijo la reina, y si lo que aseguras fuese verdad y ningún remedio se te alcanza ¿por qué nos entristeces dos lunas antes de que llegue el mal?

—El viejo que trata de asustarnos, o alguno de sus parientes, me ha robado, dijo Adams. Estuve ayer en Vui Mou y vi que faltaban dos ovejas negras.

—Yo no las he robado, replicó el anciano.

—Pero tú sabes quién es el ladrón.

—Yo no sé nada. Tú tienes muchas ovejas, y poca falta te hacen las ovejas negras.

—Cómo se entiende, saltó el danés ¿es decir que yo no tengo derecho para reclamar?

—No te enfades, le suplicó Coemata Etú. Todos te ayudan; dales en cambio las ovejas perdidas.

—¿A los ladrones?

—Me has dicho, comenzó la reina con su voz armoniosa, que en tu país se

castiga el robo. Y yo he comprendido que se castiga porque son muchos los que, no queriendo robar, no desean que otros se apoderen de sus cosas. En Rapa Nui, en cambio, todos roban a todos; de esta manera nadie hace daño a nadie. ¿Por qué no robas tú también?

—¿Y qué les voy a robar? replicó con sorna Adams.

—Roba los conejos y los gallos silvestres, dijo un pescador que se sentaba a mi lado.

—Como los robos de gallinas en tiempos de Inucura, prosiguió la reina, eran fastidiosos, porque quedaban las nidadas a medio empollar, sin que nadie lo propusiera, se dejaron las gallinas en libertad, y desde aquel tiempo pertenecen a todos, y los muchachos más listos buscan los sitios donde esconden sus huevos.

—Cómo sabes, dijo un joven, si las ovejas negras se te han perdido al igual del sombrero que reclamabas la otra noche.

—Mientes, gritó Adams; tú encontraste el sombrero y lo tienes en Angaroa.

—Entonces, dijo la reina, el sombrero no se ha perdido. Si alguien recoge lo que a ti se te cae, no puedes decir que se ha perdido algo. Si lo que cayó nadie lo ve y permanece como oculto o tragado por el mar, sin que a nadie aproveche, puedes decir que algo has perdido. Quédate tú con el sombrero, díjole al joven, porque a ti también te aprovecha.

Adams se levantó furioso y vino a sentarse a mi lado.

—Estoy aburrido, me dijo, de vivir entre estos mentirosos y ladrones. En pocos días más, me iré al norte, a Anakena.

Alguien repitió a la reina lo que yo acababa de oír, porque ella dijo:

—Si no te acostumbras entre nosotros, yo lo sentiría; pero sentiría más que vivieses disgustado en Rapa Nui. No nos comprendes y nosotros tampoco te comprendemos. Es verdad que hasta nuestros niños acostumbran a mentir; pero como todos sabemos que se nos quiere engañar, no creemos en lo que se nos dice, y así llegamos a conocernos unos a otros mucho mejor de lo que tú te figuras. En tu lugar, yo también mentiría; pero varios me han dicho que eres muy tonto para mentir, por eso no te guardan el respeto que deseas.

—Pero si afirmas que todos Uds. mienten, replicó el danés amoscado ¿cómo sé yo ahora si lo que me dices lo dices o no en serio?

—En las noches decimos la verdad, porque es inútil engañar a alguien cuando estamos todos juntos y cualquiera puede en seguida, prevenirlo.

Siguió un largo silencio. Adams se retiró disgustado.

—¿Nada más tienen que decirme? preguntó Coemata Etú. Me alegro, porque así sé que el día de hoy fue hermano del de ayer.

Los jóvenes se dispusieron a bailar en la parte de la playa húmeda y endurecida, y los muchachos corrieron alegremente.

Cuando el emisario de Anakena se retiró, yo le alcancé y le pedí que me explicara sus temores.

—Tú sabes, me dijo, sin acortar su paso elástico y en tanto ascendíamos la colina, que en Rapa Nui no hay más agua que el agua de la lluvia.

—Sí, le contesté. Extraña tierra es ésta en que nadie conoce un río, ni un arroyo, ni una fuente.

—Tú sabes, proseguía sin escucharme, que la tierra arenosa sólo deja hacer pozos en muy pocas partes. En muchas nunca mana el agua, y en ninguno se encuentra cuando pasa una luna sin llover. En los tres volcanes de los tres extremos de Rapa Nui se mantiene un tiempo el agua del cielo, y en los doce pequeños que se levantan en el centro, brilla un solo día. La luna dice que llegarán días secos, y tú has oído que hacia el viento de Mayo caen muchas estrellas en el mar. Las fiestas de Areanti, en celebración de la época de las lluvias, serán tristes. Coemata Etú lo sabe, pero es buena y ha querido engañarnos.

El campo estaba sembrado de pedruscos que hacían fatigosa la marcha. Algunos conejos sorprendidos corrían azorados en busca de sus madrigueras.

—Sólo en la poza de los sapos, continuó el joven de Anakena, el agua no se agota; pero enferma a quien la bebe. ¿Oyes? me dijo.

Se distinguía un croar cercano.

Cuando llegamos a la poza, los sapos enmudecieron. Quise lanzarles una piedra, pero el joven me contuvo.

—Si les arrojas una piedra, el agua enturbiada no les dejará cantar. Los sapos saben que su agua es podrida. Por eso cantan rara vez de día, y casi nunca en las noches nubladas. Cuando brillan las estrellas cantan alegres, porque las ven en el fondo y creen que el agua es nueva.

Me despedí del emisario de Anakena y regresé lentamente pensando en el peligro de la sequía. Ya en lo alto de la colina pude distinguir las casas de Angapiko. Permanecí largo rato inmóvil contemplando el efecto de las danzas y de la luna sobre el mar. El rocío brillaba en el césped como polvo de plata, y al palpar mis cabellos los sentí húmedos y frescos.

VI. Tukuihú

Poco antes de medio día llegó Kanaroga a decirme que la reina había partido en dirección del volcán Huititi. Me rogó que lo acompañara y, para convencerme, me dijo, haciendo un gesto de inteligencia, que Coemata Etú había preguntado por mí. La malicia ajena se anticipa a nuestros propósitos. A mí me era agradable la compañía de la reina, porque, olvidada de Bornier, había quedado gustando del trato de los extranjeros. Curiosa de las costumbres, que llamamos civilizadas, tenía sobre ellas juicios tan originales que me hacían admirar su inteligencia tranquila y libre.

El sol picaba la piel, y los oídos el viento los llenaba de canciones. Nubecillas de polvo arremolinado nos antecedían. Kanaroga, desnudo, llevaba sólo un ancho cinturón de hojas y, a manera de sombrero, un círculo de plumas de aves marinas, trenzadas con yerbas flexibles.

Se hacía difícil el conversar; el viento impetuoso nos atragantaba, si abríamos la boca. Inclinados hacia adelante, los ojos fruncidos, caminábamos con dificultad. A la vera del camino los arbustos, estremecidos por los golpes huracanados entregaban sus hojas entre las garras del viento. Toda la grande extensión del mar se veía salpicada de espumas blancas. Los torbellinos cambiantes peinaban y despeinaban a las pequeñas espigas como a los hilos de una cabellera. Si necesitábamos comunicarnos algo, nos veíamos obligados a hablar a gritos.

Nuestra marcha seguía las ondulaciones suaves y continuas del terreno sinuoso. Se divisaba el volcán, pero los ojos cegados se abrían con dolor.

Al cruzar Winipao, atravesamos una plataforma que hacia el lado del mar tenía una muralla de piedra de más de cien pasos de largo. Las malezas crecían entre las grietas. Varias vereditas sorteaban las escalinatas ocultas y las peñas desprendidas. Trepaban en seguida, entre los cimientos y las ruinas de los primeros bastiones de lo que fue castillo, fortaleza o templo. Numerosas y enormes estatuas y columnas tumbadas, medio ocultas por los matorrales y el guano de las aves marinas, yacían por todas partes. Sólo tres quedaban aun en pie. Una, cerca de nosotros,

nos mostraba su fuerte y ancho torso de piedra. Había otra tan inclinada, que se esperaba sentir el sordo estremecimiento que haría su mole al caer. Y como centinela avizorando el mar, la más gigantesca de todas rasgaba con su enorme nariz el paso del viento y allí, entre sus hermanas caídas, misteriosa, soberbia y sombría, su perfil aquilino reconcentraba orgullo por los siglos vencidos.

Lagartos inquietos, rojos y atornasolados corrían entre las piedras.

Descansando, sentados a la sombra de la muralla, sentíamos pasar el viento monstruoso por encima de nuestras cabezas. Algunas de las grandes estatuas, talladas en lava gris, llevaban una roja corona de tofo volcánico. Las caras rectas, abultadas, contemplaban la altura con una mirada vacía. Todas tenían una impresión desdeñosa que los escultores indicaron con extraño vigor. Huesos quemados y dispersos al pie de las columnas hacían pensar en antiguos sacrificios.

—¿Quién hizo todo esto? pregunté a Kanaroga.

—Tukuihú lo hizo.

—¿Hace mucho tiempo?

Kanaroga con un gesto de su brazo extendido quiso dar a entender una época muy antigua

—La luna estaba joven cuando partieron de la Isla Rapa hacia el Oriente Tukuihú y los suyos. En un gran barco venían. Tukuihú era el rey y todos lo querían, porque era el rey de todos.

A Quinipu llegó el gran barco. Sólo Tukuihú bajó a tierra y gustó de ella, y como era sabio hizo en Huititi ochenta casas de la piedra del mar, y fue al volcán y de la piedra del volcán hizo las estatuas de la isla. Entonces llamó a todos y distribuyó la tierra. Tukuihú vivía en el volcán y cuando la fardela pone su huevo vivía en su casa de piedra que bañan las olas.

Tukuihú hizo en los barrancos que caen al mar las estatuas de los hombres sin piernas. Y al llegar a viejo, tallaba en madera; la piedra era dura para él. Muchas cosas sabía y no quiso morir. En mariposa se transformó, porque amaba a los niños. Los niños corren detrás de las mariposas y llaman a Tukuihú.

Su hijo fue rey. Inmeke se llamaba, y después reinaron Va Kai, Marama, Roa, Mitiake, Utuite, Inucura, Mira,... Tepito y Gregorio. Nombre feo; los extranjeros le pusieron este nombre; pero su hermana, Coemata Etú, tiene un nombre hermoso. Ella te espera para ofrecerte de sus plátanos, y Jeca Majina a mí me aguarda.

Había menguado el viento y la tarde, bañada largo rato por él, estaba fría.

Una red de caminillos trazados por los animales cubría la falda de los cerros de la costa. Vacas y ovejas dispersas pacían tranquilamente. El volcán Huititi alzaba su mole rota. Seguimos orillando el mar. Las olas, al retirarse, formaban con los guijarros un ruido alegre.

En las vertientes del cráter se veían nuevas y numerosas estatuas. Eran también de lava. Medio enterradas, asomando sólo sus grandes y toscas cabezas, admiré a los desconocidos artistas que al hacer ese pueblo frío, silencioso e inmóvil, escogieron, como el más preciado material, a lo que un día, animado por el fuego, corrió con estrépito, rojo, ardiente y devastador.

Se distinguían algunas mujeres con sus túnicas amarillas hinchadas por el viento. Los muchachos bajaban a la carrera sorteando las estatuas a riesgo de matarse: ¡Tukuihú! ¡Tukuihú! Uno de ellos había levantado una mariposa y todos la perseguían sin descanso.

—Tarde has llegado, me dijo Coemata Etú. Nada tengo que ofrecerte, porque todo lo hemos comido.

Pero Tooa Tafune, en quien no había reparado, sacando de debajo de su túnica un ligero racimo de plátanos pequeñitos, me los ofreció sonriendo.

La reina sorprendida miraba intrigada.

Yo le aseguré que había comprendido su castigo, y ella, creyéndome engañado, dijo a mi oído palabras dulces y cariñosas.

¡Tukuihú! ¡Tukuihú! exclamaban los muchachos contemplando con tristeza la mariposa que se alejaba aire arriba.

Caminando por la arena muelle dije a Coemata Etú:

—Kanaroga me ha contado la historia de Tukuihú; quisiera haberla oído de tus labios.

—¿Qué te dijo Kanaroga?

Le repetí lo que oyera cuando, sentado a la sombra de la muralla, contemplaba las estatuas caídas.

—Hay muchos, dijo Coemata Etú, que creen más de lo que uno dice. En las reuniones de la noche recordamos a veces los años pasados de la isla. Yo les cuento lo que oí a mis padres y ellos entienden más de lo que oyen. Cierto que Tukuihú llegó el primero a Rapa Nui. Pero yo no creo que haya hecho las estatuas, porque no dijo para qué las había hecho. Las estatuas son tantas como las estrellas. ¿Cómo pudo hacerlas un hombre solo? Pero Tukuihú era más sabio que nosotros y se convirtió en mariposa.

—¿En muchas mariposas?

—Sí, en muchas; ¿no lleva el viento a todas partes las cenizas? Aquéllas, terminó, señalando unas rocas distantes, son las casas de piedra. Tukuihú sabía que es poderoso el huevo de la fardela y se apoderaba del primero del año.

Me regañó, en seguida, por no haber ido al cráter del Huititi.

—Es hermoso, me dijo, y tan hondo que, si existiera un paso, el mar bañaría las plantaciones de caña de azúcar y de plátano. Es muy agradable dormir allí, en la sombra, bajo las grandes hojas, cuando el sol está alto y el calor hace que los plátanos sean más olorosos que las flores. Acércate, me dijo.

Y haciendo que aproximara mi cara, sentí que sus cabellos estaban perfumados. Entre mis manos su cabecita aromaba como una magnolia.

—Tú no sabes, me dijo, mirándome a los ojos, cuál fue el ensueño de esta tarde.

VII. Un veterano de la guerra de Crimea

Antes de su partida a Anakena, Adams me contó la historia de Bornier.

Estábamos tendidos en la playa en medio de la inmensa sombra que proyectaba el volcán Kau. La arena, aun tibia, nos sumía en una agradable somnolencia, y la suave brisa del mar borraba los últimos restos de mi inquietud.

—Monsieur du Trou Bornier, comenzó Adams, veterano de la guerra de Crimea, es un hombre extraordinario. Escuche Ud.

Yo no prestaba gran atención. Observando sus manos toscas, rubias y velludas, veía, en medio de los cordones azules de las venas y de las pecas doradas, un ancla tatuada en índigo, cubriéndole la muñeca izquierda.

—Bornier llegó a esta isla hace cuatro años, traído por su irresistible necesidad de movimiento y quién sabe si por quitarle el bulto a cierto asunto. Son díceres; yo no lo puedo asegurar. Los oí una vez en Tahiti, en la taberna de un amigo mío; después, el piloto de la goleta que hace el viaje a las Islas Marquesas, me los confirmó. No me atrevería; pero ya que Ud. se empeña le diré que hay cierto robo de canacas para venderlos en el Perú a la Empresa de las Guaneras de las Islas Chinchas.

Llegó a Rapa Nui en circunstancias de que mediaba un año, o poco más, que se había establecido aquí, al otro lado de esa colina, en Angapiko, una misión de frailes franceses. En un principio todo marchó bien, pero Bornier es sanguíneo, y qué diablos... Y como no siempre se consigue lo que se desea... En una palabra, tuvo cierta cuestión con una mujer y los religiosos formaron un escándalo. ¡Qué vamos a hacerle! los frailes meten una alharaca por cualquier motivo. Este fue el comienzo.

Bornier, que tal vez venía para estudiar el terreno, ver modo de traer ganado a la isla y emprender algunos cultivos, para evitar enredos se vino a Angapiko y comenzó a construir una casa con la madera, aun servible,

de algunos buques que habían naufragado en años anteriores.

Casualmente aquélla, la última a la derecha, detrás de esos nísperos. Es bien poco confortable, pero era mucho hacer para la poca ayuda que le prestaron los indígenas.

Se veía, medio oculta por los árboles, una casucha plomiza de ese color gris que toma la madera expuesta a la lluvia y al viento salino.

—Aprovechando el caso, rarísimo en ese tiempo, de la llegada de un buque, volvió a Tahití por poco tiempo. Meses después regresaba con ciertos poderes otorgados por las autoridades francesas y bien surtida una vieja goleta de ganado lanar, algunos arbolillos, herramientas, comestibles. Yo le acompañaba. Nos habíamos conocido en casa de una mujer amable de Papeete, y como sucede en esos casos, uno intima estrechamente o se quita el cuerpo a los conocedores de nuestras horas alegres.

Yo soy danés, Ud. lo sabe, nací en Aalborg, pero mis primeros años transcurrieron en Islandia a donde fui emigrando con mis padres, unos pobres campesinos. Un día, no alcanzaba todavía catorce años, triste y desesperado en esa tierra oscura y muerta, me escapé a bordo de un velero. Desde entonces ruedo por el mundo. No me he casado. No he reconocido hijos. Tuve y dejé de tener en más de una ocasión una pequeña fortuna. Y ahora, sin esperar nada, sigo viviendo porque la vida es más fuerte que todo eso.

Me ofreció tabaco, sacó su cachimba, y, después de cargarla cuidadosamente, prosiguió envuelto en grandes volutas de humo que le hacían fruncir sus ojos azules y candorosos.

—Cuando me habló Bornier de su proyecto, no me quedaba un centavo. Un bandido había soplado ciertos cuentos a la policía, mentiras, calumnias. Acepté. ¿Podía hacer otra cosa? Y luego me parecía un gabacho listo. En sus expansiones me refirió aventuras deliciosas.

Llegamos en primavera, en tiempo de las fiestas de Mataveri, que se celebran por dos meses; pero un aire de muerte vagaba por la isla. Bornier no reconocía la animación antigua. Los misioneros estaban entristeciendo a los alegres isleños.

Ud. no ignorará que en todas las islas nacen, el diablo se mete en ello,

más hombres que mujeres. Así la mujer, que en cualquier parte es codiciada, en una isla vale más que el oro. Los buenos padres, al impedir que unos pocos con su poligamia abarrotaran la existencia, hicieron un bien a la mayoría, pero como amenazaran con las llamas del infierno a algunas mujercitas complacientes, los pobres muchachos andaban tristes y rabiosos.

—Ah! este don Adams, le dije golpeándole el hombro.

—Qué diablos, amigo mío. Yo tengo mi modo de pensar y siempre he dicho que dónde hay de todo, viene bien la moral; ¿pero dónde no hay nada?

—De modo que Ud...

—¡Ay! señor; cuando uno ha dado vuelta al mundo no ignora que hay muchas maneras de vivir, y no me vengan a mí que esta es buena y que la otra es mala. Ignorancia y nada más.

Bornier encontró también que la casucha que había construido estaba medio hecha pedazos y como el hombre con los años se pone sospechoso, creyó entender que sus compatriotas... Entonces; ah! nunca me he reído más. Le juro a Ud. que estuve enfermo de reír.

El gabacho, que no se achicaba por cualquier cosa, llamó a los hombres que vagaban como almas que lleva el diablo. Por ellos supo que la reina, huyendo de toda catequización, se había retirado a Anakena con unos cuantos súbditos fieles. En tanto, Torometi y su hijo Inú, los isleños más belicosos, eran el brazo derecho de los misioneros.

Pues señor, nos fuimos una madrugada a Anakena. La reina, Coemata Etú, antigua conocida de mi amigo, nos recibió cordialmente, convidándonos con ñames o camotes asados. Comprendí, desde el primer momento, que esa mujer era inteligente porque aceptó, sin vacilar, el plan que le propuso el francés.

Se llamó a todos los habitantes que se pudo, logrando que vinieran no pocos curiosos de los que vivían con los frailes en Angaroa.

Reunidos en la playa, la reina les hizo saber que éramos sacerdotes de más elevada alcurnia que los entrometidos del sur y que, provistos de

poderes divinos, íbamos a poner fin a sus prédicas. En adelante, sólo nosotros podríamos hacer los verdaderos matrimonios y fijar las normas de conducta.

Era un hermoso día de Octubre. En la noche había llovido torrencialmente en medio de truenos y relámpagos. A través del aire lavado, el sol brillaba hasta cegarnos. Bornier se había puesto toda la ropa que pudo: una chaqueta sobre la otra, dos sombreros. Un verdadero lujo de abundancia que hizo gran impresión entre los desnudos circunstantes.

A mí, no se ría Ud., me obligó a meterme un tarro en la cabeza. Esto brillará, me decía.

Bornier, como sumo pontífice, deshizo para comenzar, todos los matrimonios que se le presentaron, consagrados por los misioneros; formó nuevas uniones más del gusto del día de los interesados, y siguió, en lo que pudo, las tendencias de sus alegres fieles.

Y esto no se hizo sólo en Anakena; por espacio de una semana recorrimos la isla de un extremo a otro, enderezando entuertos y devolviendo la perdida libertad.

Pero siempre quedaba un punto oscuro, porque ha de saber Ud. que existía una situación falsa para Coemata Etú. El rey Tepito, su padre, años atrás, había sido robado a bordo de un buque con mil de sus súbditos por uno de esos tantos traficantes de esclavos que, hasta no hace mucho tiempo, venían a buscar sus mercancías en estas islas indefensas del Pacífico.

Tepito dejó dos hijos: Coemata Etú y un muchacho que pronto catequizaron los misioneros, bautizándolo con el nombre de Gregorio. Como había cierta disconformidad de pareceres para saber cuál de ellos debía gobernar, la isla andaba revuelta.

Gregorio era un pobre niño flacuchento y enfermo, que en medio de sus nuevas creencias no pudo desprenderse de antiguas prácticas y prerrogativas. Tonteras que Bornier, nunca he sabido cómo, le ayudaba a cultivar. Quién sabe si lo hizo por intermedio de algunos indígenas, que con sus consejos robustecerían esa actitud ridícula que molestaba a los frailes.

Pues bien, uno de esos prejuicios, el de que la cabeza real era tabú e impalpable, iba a costar la vida al pobre Gregorio. Enfermo como estaba de fiebres, resistió con energía a los cuidados de los misioneros, que no pudieron conseguir que les permitiese colocarle paños húmedos en la frente, ni cortar uno solo de sus abundantes y larguísimos cabellos, que crecían libremente, en virtud de esa idea, desde que vino al mundo. Claro está que tuvo que morir; porque con la mata esa de pelo, bueno y sano cualquiera se lleva un sofocón.

Fue nuestro primer triunfo; la suerte nos ayudaba. Pero mi amigo quería un procedimiento más rápido; con este fin repartió cuatro o cinco viejas armas de fuego que sólo entonces supe que había traído ex-profeso.

Se formó una verdadera guerra civil. El bravo Torometi y su hijo Inú, codiciando las nuevas y terribles armas, se pasaron a nuestro bando. Ah! no iban a quedar descontentos; les armamos de pies a cabeza.

Mientras tanto, el gabacho le hacía el amor a la reina y llegó a ser el verdadero príncipe consorte. Coemata Etú lo dejaba hacer y, cediendo a sus deseos, dispuso que, en adelante, los frutos de la tierra se repartiesen en tres partes iguales: una para ella, otra para el francés, y la tercera para el pueblo. Mas, como Bornier era el marido de la reina, fueron, en realidad, dos las partes que él recibía. Los frutos eran abundantes; bastaban y bastan dos días de trabajo en un año de fiestas y jolgorios; los isleños no protestaron.

La revolución duró poco tiempo. Dos veces los nuestros incendiaron el pueblo y la nueva misión de Vui Mou. Por suerte para los misioneros, llegó una goleta de arribada forzosa, por falta de víveres, y se embarcaron más que de prisa. La mitad de la población de la isla los siguió. Bornier quedaba satisfecho; pero la pobre Coemata Etú lloró largo tiempo la ingratitud de algunos de sus súbditos.

De dos mil o más habitantes que había en tiempos de Tepito, con tales descalabros, no quedaron arriba de trescientos. Rapa Nui era una isla silenciosa. Andando por los caminos interiores no se veía un alma, y aun cuando Bornier asegurase que todo ello redundaba en nuestro beneficio, lo cierto es que se sentía un desasosiego al recorrer los campos solitarios.

Yo me había puesto de pie. Un vientecillo helado y desagradable comenzaba a soplar.

—¿Quiere Ud. que regresemos? le dije.

Mientras caminábamos fatigosamente por la playa, deteniéndonos a cada instante, Adams recordó que los misioneros habían enviado numerosas cartas a Bornier en las que le rogaban que hiciera cesar los graves disturbios en que la isla se veía envuelta.

—Invariablemente, decía Adams, mi amigo les contestaba:

«Reverendos padres: Uds. son unas buenas personas; pero severas y tristes en exceso. Enturbian la alegre inconsciencia de los isleños con demasiados deberes y anuncios espeluznantes. Esto está mal, muy mal. Si hay un Dios, les castigará a Uds. Porque ¿a qué viene el llenar de trabas y temores a la vida sencilla e inocente de estos hombres buenos y primitivos?»

Y todo lo recuerdo, palabra por palabra, porque estaba bien dicho. ¿No lo cree usted así?

—Sin embargo, amigo Adams...

VIII. Los Nautilos

La embriaguez del estío se apoderaba del ánimo y nacía un deseo de vagar a la ventura. Cada cosa la contemplaban los ojos con amor y uno reía de ver tantas variedades de florecillas orillando los caminos de la aldea. Por los senderos de las rocas bajaban los pescadores de langostas con sus redes de barahú, y en la playa distante se divisaba a los isleños buscando la careba. El aire caldeado por las arenas subía tembloroso.

—Coemata Etú, le dije; ¿quieres que vayamos donde aquellos pescadores?

—Sí, vamos, me contestó.

En los montones de algas que las olas habían arrojado sobre la playa, pululaban las blancas pulgas de mar. A nuestro paso, abandonando su comida, saltaban en todas direcciones y quedábanse las más pequeñas imposibilitadas de salir de los hoyos que hicieran las pisadas de los pescadores. Coemata Etú sonreía observándolas.

La humedad de la arena era un espejo que copiaba sus piernas finas, y los pliegues de su capa amarilla recibían el azul reflejo del mar. Su pequeña silueta se veía aun más reducida al recortarse en la vasta amplitud de las aguas.

Divisamos, de pronto, que los pescadores comenzaban a correr y, asombrados, nos detuvimos. Uno subió a lo alto de una roca. Todos parecían llenos de agitación. Se les veía discutir.

Fuimos hacia ellos y nos recibieron con grande algazara. Un mocetón, que llevaba un calabazo de sombrero, nos dijo que hacia el poniente se divisaba una vela.

El que permanecía sobre la roca nos aseguró que sus compañeros se equivocaban y pronto todos vimos que tenía razón. Con desaliento los pescadores volvieron hacia los peces abandonados que ensuciaban el

brillo de sus escamas con sus saltos sobre la arena.

Nos sentamos a la sombra de las rocas y, tomando entre las mías una mano de Coemata Etú, le pregunté si no había deseado alguna vez abandonar a Rapa Nui y conocer tierras lejanas.

—Nunca, me dijo, nunca. Mucho tiempo hace, un buque retuvo engañadas a las mujeres que van a ofrecer amor a los marineros y a los hombres que venden el ñame y las gallinas silvestres. Salió el buque mar afuera y les dejaron en libertad cuando sólo agua se veía en torno; mas ninguno dudó, y todos se arrojaron al agua. Nadaron con rapidez, siguiendo la huella que dejan los buques en el agua. ¿Dónde estaba Rapa Nui? Buenos para nadar son sus hijos, pero son muchas las olas del mar. La tarde era oscura y el frío mordía las carnes. Allá van, allá van unos tras los otros los hijos de Rapa Nui como las rondas de la careba. Las mujeres seguían a los hombres, pero el amor las había fatigado y buscaron para dormir el fondo del mar. Entonces los hombres divisaron el volcán Kau, y el volcán Kau les dio fuerzas para nadar. Y la noche llegó y siguieron en la noche nadando. Los que iban adelante no sabían de los demás. Los tiburones venían a reemplazarlos. Y el primero que nadaba vio que Rapa Nui parecía alejarse. Pero él era más fuerte que todos y no creyó en lo que veía. Y nadó sobre cada ola, y una a una las dejó vencidas y todos los tiburones lo acompañaban.

Él contó todo esto y puso a su hijo el nombre de Jecan Jerai, que quiere decir Nadar el Mar. Él mereció su nombre porque fue dos veces el ganador de la fardela...

Un repentino chubasco nos hizo guarecernos en una gruta formada por grandes rocas verdinegras. El agua de la lluvia comenzó a filtrar por una grieta invisible, y un arroyuelo corrió buscando una salida.

—Coemata Etú, le dije; al igual de este hilo de agua que corre a nuestros pies, hay en esas tierras, que tú no quieres conocer, ríos anchurosos cuyas locas aguas bajan de las montañas a los mares sin que nunca dejen de pasar y pasar. Antes de que yo naciera, y antes del nacimiento de mi padre, antes de que llegase Tukuihú a Rapa Nui, mil lunas hacía desde que esas aguas estaban corriendo. Y después de mi muerte y de la tuya, Coemata Etú, correrán otras mil y mil lunas, y el rumor que hacen esas aguas es como un canto; y como todas se juntan en el mar, el mar puede hacer el estruendo armonioso que tú conoces. ¿No oyes sin cansancio y

con agrado el ruido de las olas? ¿Verdad que en esta gruta suenan sus voces como si estuviéramos dentro de un caracol?

Coemata Etú, que escuchaba ensimismada y con el pensamiento lejano, se puso repentinamente de pie y corrió hacia la salida de la gruta.

—Ven, ven, decía, y señalaba algo sobre el mar.

Ah! entonces vi, entre la chispería de la lluvia, al ser iluminada por el sol, un espectáculo maravilloso.

A corta distancia de la playa navegaban tres pequeños barcos a la vela, no mayores que los que hacíamos cuando muchachos. Sus cascos eran tornasolados como madreperlas; su velamen, amarillento y transparente, y azul el cordón del ancla que caía en el agua como buscando puerto.

—¿Qué es eso, Coemata Etú? le pregunté.

Los invisibles tripulantes de esos barcos diminutos parecieron advertir nuestra presencia, y temerosos de correr algún peligro, enmendaron rumbo alejándose con rapidez.

—¿Son nautilos?

—Sí, me dijo; ese nombre y otros muchos tienen. ¡Oh! en ellos, agregó sonriendo, en ellos sí que yo quisiera ir por los mares, hacia las tierras de que tú me hablas.

El chubasco seguía su camino hacia el sur, y el sur se tornaba más y más oscuro, en tanto que sobre nosotros y sobre todo lo que nos rodeaba caía un sol brillante.

Largo rato permanecimos reuniendo conchas de pequeños caracoles y ramillas de corales blancas, rosadas y rojas. Eran tan hermosas, que la playa se veía como un jardín, y era tal su número que yo no hallaba dónde colocar mis pies.

Por trepar sobre rocas afiladas, Coemata Etú se lastimó ambos tobillos. La senté sobre mis rodillas; con un pañuelo enjugaba su sangre. Su peso no era mayor que el de una brazada de flores, y el calor de su cuerpo, al atravesar su túnica y mis ropas, turbaba mis sentidos.

Libélulas encarnadas volaban de a pares jugando al amor. Silenciosos contemplamos sus giros ondulados. De vez en vez llegaba hasta nosotros el zumbido ardoroso de sus alas.

IX. El sabio de Vui Mou

Poco a poco confirmé mi opinión de que Coturhe Uruiri era considerado como un sabio. No sin cierto trabajo conseguí ganarme su amistad. Un día, deseando aclarar algunos datos que él mismo me había dado, fui en su busca. Unos muchachos me hicieron saber que Coturhe había ido al cráter del Kau; tomé esta nueva dirección. Al llegar a la cumbre, una cortina de nubes bajas volaba con ligereza; pronto ocultaría el sol. Sobre el fondo oscuro y violeta de las nubes, como una arista de fuego, se destacaba el inmenso anillo rojizo del cráter. Era de una regularidad tan perfecta, que se creería contemplar un coliseo para gigantes. Grandes y profundas torrenteras labradas por el agua de la lluvia partían las imaginarias graderías, y sombras de un azul oscuro llenaban sus hondas concavidades. A cien varas de profundidad comenzaba a señalarse una ligera vegetación, que se hacía cada vez más tupida y lozana hasta convertir el fondo del cráter en una elipse verde y tropical.

La relativa aridez exterior se trocaba allí en una fertilidad imposible de ponderar. Los arbustos llamados barahú, los plátanos, las cañas de azúcar, las palmeras, los helechos crecían casi unos sobre otros con una fuerza que sólo ese conservatorio de una milla de largo les podía dar.

Por el cómodo camino de descenso bajé en busca de Coturhe, y cruzando de un extremo a otro el fondo plano del cráter, llegué hasta una angosta laguna formada por las lluvias. Numerosas mujeres sacaban en sus calabazos del agua allí apozada.

Como nadie supiera dónde estaba Coturhe, volví a salir ayudando a una anciana que apenas podía caminar bajo su carga de plátanos.

Cuando llegamos al anillo de la cumbre vimos a un viejo que, inmóvil, contemplaba la vasta extensión de las aguas. Ya el cielo y el mar estaban grises y velados por una niebla tenue. Pasaba el uno al otro sin cambio aparente, de modo que, desde el silencio de la altura, la isla era como un mundo pequeño suspendido en el espacio. Me senté para cobrar aliento y, mirando el cielo y el océano confundidos, me quedé pensando en algo que

no tomaba forma, pero que, dominándome cada vez más, me hizo olvidar lo que me rodeaba y lo que yo era.

—¿En qué piensas? dijo una voz conocida.

Desperté sobresaltado y la conciencia que volvía, al penetrar violentamente en mí, pareció herirme. De pie, sonriente y triste, estaba Coturhe Uruiri.

—¿Buscas las islas perdidas?

—No sé nada de lo que me cuentas, le contesté.

—Hombres de tu tierra vienen a buscarlas. Nadie las encuentra. Y las islas siguen donde nadie las ve.

—¿Es verdad lo que dices?

—Sí, es verdad. Y no son aquéllas. Aquéllas son el Mutu Rakau y el Mutu Nioi. Las otras están lejos y están cerca, adelante y atrás, y a uno y otro lado.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Digo que ellas están donde nadie las ve. Yo no las he visto, pero alguien las vio.

Mutu Rakau y su hermana son las de las fiestas de Mataveri, cuando el mahute retoña y pone su huevo la fardela.

—Llegué en Enero, Coturhe, ya el Mataveri había pasado. ¿Por qué buscan el huevo de la fardela?

—Cuando el mahute retoña nos reunimos al pie de este volcán frente a Mutu Rakau. Mutu Rakau y su hermana están llenas de los pájaros del mar. Los jóvenes se meten en una caverna y la caverna les oculta corto tiempo. Después todos se lanzan al agua. Mutu Rakau está lejos, el mar lo defiende con sus olas grandes; las rocas y los corales lo defienden, y una corriente oculta lleva lejos a los que se ahogan. Los jóvenes, al nadar, van gritando, y todas las aves dejan la isla y gritan a su vez. Y las aves vienen y vuelan en torno de los que nadan y los persiguen con furia y quieren romperles la cabeza y los ojos. Y al llegar a Mutu Rakau, algunos tiemblan

por el trueno del mar. Las olas grandes estrellan contra las rocas a los que han temblado. Y a los que nada temen, las olas los dejan encima de las rocas altas de Mutu Rakau. Y el primero que toma un huevo de fardela y vuelve con él a Rapa Nui es el elegido. Todavía vuelan las aves cuando él se aisla y es el jefe de todos, y todos dicen que es el más fuerte y el más valiente. Por doce lunas es el jefe después del rey y vive solo, y entonces muchos quieren pelear y con gusto pelean porque la guerra es buena.

—Qué extraño es todo lo que me dices, Coturhe.

—La guerra es buena y viene en Mataveri, y todos sienten cómo nace la guerra en ellos.

—En mi tierra es el amor el que nace en primavera.

—El amor y la guerra son hermanos; pero el amor en Rapa Nui ahora es triste.

—¿Por qué es triste?

—Es triste desde que se fue el rey Tepito. Una vez robaron en un buque al rey Tepito y a todos los que le acompañaban. Eran muchos, muchos. Pasaba el tiempo y ninguno volvía. Todos los tuvieron por muertos y las mujeres buscaron otros maridos. Mas un día apareció un buque y alguien se vino nadando a tierra y era Pana. Cuando todos lo reconocieron, le lanzaron piedras porque Pana estaba muerto y los muertos no deben volver. Las mujeres de Pana se habían ido con otros; la casa de Pana era de otro y ninguna cosa era entonces suya.

Mataron a Pana, pero llegaron otros y otros nadando; y vieron que no eran muertos los que volvían. Hubo así muchas guerras, porque todo estaba confuso.

Las mujeres y los hombres que habían llegado principiaron a enfermar. Y era una cosa terrible. Quien encontraba el amor de ellos luego sus carnes caían a pedazos y sus huesos se quebraban. En medio de lamentos moría. Y cundió el miedo y los hombres temían a las mujeres y las mujeres temían a los hombres, y como todos se deseaban, Rapa Nui se volvió loca de no poder amar sin caer en la muerte. Y muchos pensaron que sólo quedarían los hombres de piedra del volcán Huititi; mas los enfermos comenzaron a lanzarse desde este sitio al cráter del volcán Kau, y todos

se mataron contra las rocas de allá abajo. Volvió así el amor y volvió triste y miedoso, porque ahora quien va a amar piensa en aquella enfermedad.

¡Y qué importa el amor y el mal, continuó diciendo, cuando luego todos de sed vamos a morir!

—¿Por qué crees que pronto no lloverá más? le pregunté.

—Mira, me dijo ¿ves la luna?

En medio del día, por el cielo ya despejado a trechos, se veía avanzar a la luna en creciente, blanca y pequeñita como el jirón de alguna nube densa.

—Dime si la luna ha estado así alguna vez!

—Nada le encuentro, dije, de anormal.

—En el día nadie mira a la luna, pero Coturhe Uruiri la sigue y la cuida, y él dice que nunca ha estado como ahora la ve...

X. Alegría extraña

Supimos una noche, en un parlamento nocturno, que desde lo alto del morro de Vui Mou se había arrojado al mar Coturhe Uruiri. Cosa frecuente entre los isleños; él también quiso despedirse de la vida.

Gran trabajo costó sacar su cadáver despedazado de entre las rocas que sólo asoman en la baja marea. En unas parihuelas lo trajeron hasta su casa. Sus restos venían acompañados por los habitantes de Vui Mou que entonaban sin orden canciones alegres.

Kanaroga estaba conmigo. Sentados sobre una estatua caída comentábamos lo sucedido, cuando divisamos la curiosa procesión. La distancia no me permitía entender la letra de las canciones, pero el regocijo de todos era evidente:

Grande era Coturhe Uruiri,
Sabio.....

—Viene esa gente cantando con alegría y acompañan a un muerto, exclamé con disgusto.

—Déjalos hacer, que ellos entienden de estas cosas, dijo Kanaroga, tranquilamente. ¿No fue él el que quiso morir? ¿Por qué tener tristeza de lo que se hizo con voluntad?

—¿Cómo sabes si la desesperación le llevó a matarse?

—No lo sé, ni tú tampoco lo sabes. Pero si él prefirió la muerte a su vida, era para estar mejor. Él fue sabio y todo lo que hizo está bien.

—Me parece extraño, repliqué, el estar contento en casos semejantes.

—Si alguien muere y no quería morir, todos le lloramos. Triste dejó la vida, ¿por qué no llorar? Coturhe Uruiri, para alegrarse la dejó, ¿por qué no alegrarnos? Oye tú las canciones y no olvides que esta noche habrá gran fiesta.

—Creo, Kanaroga, que el difunto ha dejado varios hijos, algunos pequeños, ¿quién los cuidará? ¿No sientes siquiera pena por ellos?

—Los hijos son los hijos y no valen ni más ni menos que los padres. Esto hace que cada uno esté tranquilo y se sienta libre. Sobran los plátanos en los volcanes y las gallinas silvestres no escapan dos veces de las pedradas de los muchachos. ¿Por qué atormentarse?

Malhumorado Kanaroga por mi insistencia, calló largo rato y luego se fue sin decir una palabra.

Vui Mou con sus cabañas pardas sobre el faldeo estéril, rojo y polvoriento, era un lugarejo desolado, en el que, por primera vez, se notaba desusada animación. Frente a las chozas, con ramas y cabezas resecas de plátanos, hacían fogatas en grandes agujeros abiertos en la tierra y llenos hasta la mitad de piedras lisas. Las mujeres cuidaban de alimentar las llamas. Los hombres volvían con raíces de tií y sartas de conejos y gallinas.

Coemata Etú había dispuesto que trajesen diez de los mejores corderos de Bornier. No demoraron mucho en ser cumplidas sus órdenes. Enterrándoles las cabezas en montones de tierra, los asfixiaban. Con las afiladas hachas de piedra les abrieron el vientre. Envueltos en telas viejas y húmedas los depositaban en los hoyos que habían sido despojados del fuego. Tapando con otras piedras los huecos, encendieron nuevamente las alegres fogatas que humearon todo el día. Con los conejos, las gallinas, los ñames y las raíces de los helechos llamados tií, hicieron igual cosa.

Mientras los deudos terminaban de construir una pirámide de piedras a la orilla del mar, las mujeres sacaron el cadáver arropado en telas blancas de mahute. La envoltura tenía la forma de una canoa. Tomaron los parientes el extraño barco, colocándolo sobre la pirámide, la cabeza hacia el mar.

Allí quedó Coturhe Uruiri. Una ola invisible bañaría sus restos; deslizándose sin ruido sobre las peñas, en las altas horas de la noche, dejaría a Rapa Nui el casco abandonado de su cuerpo.

La tarde languidecía en un suave crepúsculo. Largos y pesados cirros cruzaban la claridad verdiazul del poniente. El sol, bajo las aguas, aureolaba sus vientres de gualda y sus dorsos tenían los matices de las

heces del vino.

La noche entrada, llegó Coemata Etú y su séquito. No hubo parlamento y los emisarios venían a gozar de la fiesta. La alegre comitiva cruzó entre las fogatas que resplandecían más y más a medida que avanzaba la noche.

El aguardiente de Bornier era el licor preferido y la reina hizo que trajeran de él en abundancia. Las raíces de tií asadas entre las piedras, se habían convertido en una chancaca más fina que la de Pacasmayo. El aroma que salía cuando destapaban los agujeros era delicioso. Las carnes jugosas de los corderos, blandas como mantecas, desprendían un vapor como el incienso de la gula.

Había grupos alrededor de cada uno de los ocho agujeros. Los muchachos buscaban los que contenían las raíces de tií y los hombres iban de uno en otro deteniéndose a beber en sus calabazos.

Las cortesanas alternaban con las mujeres de vida un poco más recatada. Eran las primeras las codiciadas de los muchachos, aunque ellas, a su vez, prefiriesen la compañía de los hombres formados.

Cuando los cantos y las danzas comenzaron, Coemata Etú vino a buscarme. Contemplábamos todo con indulgencia y oíamos los agradecimientos que los isleños hacían al muerto:

Era grande Coturhe Uruiri,
Sabio era.....

Las canciones se iniciaban con acentos opacos, breves y distanciados. Las cabezas principiaron a moverse lentamente, siguiendo el compás. Una melancolía extraña brotaba de las voces monótonas y veladas. Poco a poco fue elevándose el diapasón y los brazos comenzaron a agitarse; el recitado se hacía más rápido y agudo, y a los cuerpos, temblando un instante, se les vio ondular como a las llamas de las hogueras. Avanzó una joven desnuda, vibrando como una sensitiva. Se hizo un breve silencio. Todos adivinamos, con sólo ver sus flancos estremecidos, la armonía naciente. Su cuerpo trémulo era como un vaso lleno empuñado por una mano febril. Bebimos en él la embriaguez de la danza.

Las voces se hicieron agudísimas; los hombres y las mujeres bailaban frenéticos. En medio de esa tempestad, la bailarina radiante era como una

hoja en el viento.

Coemata Etú, recostando su cabeza en mi hombro, me besaba con su boca más dulce que el tií. Sus brazos flojos caían sin fuerza sobre su cuerpo lánguido.

Kanaroga bailaba con la pequeña Jeca Majina. Tooa Tafune, acompañada de un desconocido, me miraba con insistencia.

Los hijos del muerto hacían reír a las mujeres alegres. Los hombres se fueron aproximando hasta formar corro en torno de ellas. Cesaron poco a poco los bailes y luego sólo se oyeron las palabras ardientes del amor.

XI. La muerte de los sacerdotes

Garuaba sin fuerza y a largos intervalos. La tierra reseca absorbía con rapidez las dispersas gotas, pero ya a medio día toda esperanza de una abundante lluvia había desaparecido. Cuando dejé a Angapiko, internándome en dirección a Anakena, la yerba llamada pelo de ratón se veía cuajada de gotitas brillantes; y allí donde el sendero baja al vecino y angosto valle, cubierto de cizaña y de verbena, un aroma indefinible brotaba de la tierra y de las yerbas húmedas. Un grupo de yeguas arrancó al galope. Las verbenas lucían sus hermosas y pequeñitas flores de color violado, y millares de insignificantes insectos volaban en derredor de cada una como en torno de una lámpara. Aquel perfume incomparable me acompañó por largo tiempo, y durante toda esa parte de mi viaje sentí una especie de placer y reconocimiento.

La tierra se iba haciendo más arenosa, los matorrales eran cada vez más escasos, y mucho antes de divisar el mar dejé a mi espalda el último toromiro.

Mis zapatos, húmedos por el roce de las yerbas mojadas, todavía conservaban adheridos pequeños pétalos violados. El sonriente recuerdo del sur de la isla contrastaba con las áridas colinas que en ese día de bochorno cubría un aire espeso y caliente.

Desde una eminencia, a la que trepara para asegurar mi rumbo, pude ver la playa blanca de Anakena. Olvidando mi fatiga, caminé con resolución.

Adams, conocedor de mi viaje, me aguardaba a la entrada de la aldea. La alegría que tuvo al verme desapareció pronto, y sus lamentaciones sobre el mal tiempo hicieron que sin descanso me persiguiera la angustia que se había apoderado de la infortunada Rapa Nui.

—La cosecha de camotes puede darse por perdida, me dijo. He preguntado a los isleños más viejos y todos aseguran que nunca ha habido un año semejante. ¿Y en Angapiko?

—Allá, como aquí, Adams, todos están desesperados. El agua del volcán Kau se evapora con rapidez, y si antes de una semana no ha llovido, creo que no quedará una gota de agua dulce en toda la isla.

—Me dicen que han robado los licores que guardaba Bornier.

—No he sabido nada. Aunque no; es verdad. En las fiestas que acaban de celebrarse en memoria de Coturhe Uruiri, el aguardiente no ha escaseado.

—¿Del viejo de Vui Mou, el de las ovejas?

—Sí, le dije; se suicidó hace tres días.

Comentamos con asombro el gran número de suicidios que ocurre en Rapa Nui.

—Ello le probará a Ud., me dijo Adams, que estos indígenas no son tan salvajes como los ignorantes los creen. Tienen una nerviosidad muy desarrollada y muchas veces la desesperación nace por motivos que yo no he podido comprender. Muy por el contrario de un pueblo primitivo, da la impresión de una raza sencilla, pero trabajada por los siglos.

—Me han dicho, Adams, que no han sido sus antepasados los que han tallado las estatuas de la isla.

—¡Quién sabe! ¿Quiere Ud. que le lleve donde un artista famoso? Bien, iremos esta tarde a la choza de Rakaja.

Después que comimos una ligera colación, medios recostados bajo la carpa de mi amigo, vagamos un rato sin rumbo entre las escasas y dispersas habitaciones de los indígenas. Luego fuimos a ver a Rakaja.

Penetramos, arrastrándonos, por la angosta gatera de la choza y cuando nuestros ojos se acostumbraron a esa semioscuridad distinguimos, al fondo, a un anciano acurrucado e inmóvil que nos veía avanzar sin decirnos una palabra. Detrás de él una mujer viejísima y de repugnante fealdad permanecía igualmente en silencio.

—Buenos días, amigos, exclamó Adams.

—A tu casa llegas, respondió el anciano.

—Te traigo al extranjero que llegó hace tiempo a Angapiko.

—¿Tú eres el extranjero? ¿Qué buscas en Rapa Nui? me preguntó,

—Nada, le repliqué.

—¿Y por qué has venido?

—Por conocerla y no por otra cosa.

—¿Es verdad lo que dice tu amigo?

—Sí, confirmó Adams; le gusta correr por el mundo y ahora quiere ver lo que tú haces y cambiar algún ídolo por varias cosas que a ti te agradarán.

Rakaja tenía ojos cansados y blanquecinos, barba rojiza y escasa. La frente y las mejillas las llevaba adornadas con un tatuaje azul de complicado dibujo, que a la escasa luz no se distinguía bien. Su cabellera, como la de su mujer, era un verdadero haz de penachos negros. Al hablar, entre los labios azules, sus dientes brillaban en la penumbra y su cuerpo desnudo era sólo un poco más claro que la techumbre de carrizo y de hojas de palma.

Curioseando los paños de la pulpa filamentosa del mahute, que él tejía diestramente, las redes de barabú que nunca pudre el agua del mar, los ídolos, las figuras de pescados y de aves, y los curiosos jeroglíficos que tallaba en la madera del toromiro, pasamos todo el resto de la tarde.

—¿Qué quieren decir los signos de estas tablas que tú has labrado? le pregunté señalando los jeroglíficos.

—No sé, me dijo. Mi padre hacía otros iguales.

—Y estos ídolos ¿son tus dioses?

—No entiendo lo que quieres decir. Hago esto porque sé hacerlo, y las gentes que vienen en los buques los piden y dan ropa por ellos.

De regreso, bajo la carpa, observando los objetos que había comprado a Rakaja, pregunté a Adams si sería posible que los indígenas no tuvieran ninguna idea acerca de dioses y divinidades. El danés me hizo saber una nueva historia verdaderamente extraña.

Por la abertura de la carpa se veía la niebla que, desprendiéndose del mar, avanzaba borrándolo todo y apresurando la oscuridad naciente de la noche. Era una neblina olorosa y espesa. En torno de la lámpara se formó un halo luminoso. Envuelto en una frazada, escuché con avidez. Mi amigo fumaba su gran cachimba, que mordía con sus dientes negros, arriscando el labio superior como si sonriese a su propio relato.

—Lo que asegura Rakaja es la verdad. Muchas personas se han preguntado qué quieren decir esos jeroglíficos, y creen que los pascuenses no han comprendido la pregunta que se les hace, porque responden que no significan nada. Así, ellos, sin desearlo, engañan a los sabios, que en su afán de descubrir la verdad, quieren encontrar revelaciones extraordinarias en hechos mecánicos y sencillos. Los jeroglíficos que Ud. ha visto no son otra cosa que la reproducción, en madera, de los antiguos dibujos que hacían en los tejidos de mahute. No hay tal escritura ni cosa parecida. Y en cuanto a lo que nosotros creemos que son sus ídolos, Ud. ve que no les sirven sino para negociar con ellos. Es un pequeño comercio que se efectúa cada vez que llega un buque.

—No puedo creer, repliqué, en lo que usted afirma. Ideas más elevadas deben inspirarlos. Un pueblo que no tenga fábulas sobre lo que sigue a la muerte, es difícil de encontrar.

—Verá Ud., me interrumpió el danés, cómo ambos tenemos razón.

Por tradiciones que conservan los más ancianos y que tengo anotadas en mis memorias, he sabido que, hace mucho tiempo, hubo entre ellos sacerdotes que, rodeándose de toda clase de misterios, enseñaron multitud de cosas que hoy día nadie recuerda.

El sacerdocio era hereditario y el poder de esa religión siempre fue fielmente transmitido de padres a hijos, sin que ninguna otra persona vislumbrase su secreto ni pudiera ejercer las ceremonias del culto. Pero sucedió que unos sacerdotes no dejaron hijos, llevándose a la tumba su ciencia y poderío, y un día, en medio de la inquietud de todos los fieles, murió el último sacerdote. Como éste tampoco tuvo descendencia a quien legar su tesoro, los isleños quedaron confusos y aturdidos.

Pasaron los años; nada de particular ocurrió al pueblo huérfano de intermediarios divinos, y al ganador de la fardela, que es siempre el joven

más fuerte y más valiente, se le concedió algo así como las prerrogativas del sacerdocio; pero sin que él ni nadie sepa claramente cuáles pueden ser esas prerrogativas.

A su llegada, los misioneros franceses encontraron que no tenían necesidad de desarraigar viejas creencias para sembrar las suyas. El campo estaba limpio, y como el indígena de esta isla es curioso y asequible, las catequizaciones parecieron ciertas.

—¿Duda Ud. de ellas?

—Ahí están las diabluras de Temana y Torometi que le convencerán a Ud.

Torometi era un hombre fuerte e inteligente, que ejercía cierto imperio sobre muchos de sus compatriotas, y Temana, su más odiado enemigo, era en todo su más digno rival.

Torometi, cuando supo la llegada de los misioneros, entreviendo en ello alguna ventaja, abrazó la religión católica, constituyéndose en el protector de los sacerdotes franceses.

Estos recelaron de tanta obsequiosidad; pero Torometi les obligó a aceptar a la fuerza la merced que les otorgaba.

Temana, en el intermedio, envidioso de su contrincante, hizo llegar a oídos de los misioneros que Torometi les estaba robando, y que él iría a defenderlos de toda injuria y daño. No porque tuviesen más fe en uno que en otro, sino porque Torometi, sospechoso de algo, activaba sus rapiñas, los misioneros dejaron a Angapiko para irse a Vui Mou, huyendo al mismo tiempo de Temana que vivía en el norte. Pero éste, que estaba sobre aviso, se les dejó caer proclamándose a su vez su más fiel y cristiano defensor. Sin pérdida de tiempo, por senderos extraviados, los hizo huir en busca de un sitio más seguro. Allí, por algunas semanas, se aprovechó de ellos, robándoles hasta la ropa; pero sus víctimas lograron escapar.

Y así aconteció que Temana y los suyos por un lado y Torometi y los que le seguían por otro, iniciaron una persecución continuada contra los misioneros medio desnudos. No hubo camino que no recorrieron, ni escondrijo que no visitaron en esa apasionante cacería hecha, según cada uno de ellos, con el único objeto de librar a los indefensos frailes de las malas artes de su enemigo.

Cuando sobrevino la guerra civil, que referí a Ud. en otra ocasión, Torometi estaba de turno en la defensa de los misioneros; pero bastó que codiciara unas viejas armas de fuego para que se pasase al otro bando. Entonces fue Temana el que acudió a proteger a los sacerdotes, y creyendo el pobre diablo que aun se podría servir de ellos, los siguió con sus huestes en la huida a Tahití.

XII. Evai o'quimai

Los nativos atribuían al cambio de mes lunar la prolongada sequía. Por el sendero que trepa al cráter del volcán Kau iban los hombres intranquilos a observar el horizonte marino.

El aire paralizado y el cielo azul imperturbable y limpio daban a los idénticos días sucesivos la apariencia de un solo día inmóvil.

Con el alba comenzaba la peregrinación a las alturas y aun en las noches, llenas de pesado silencio, se veía sobre el cráter algunas pequeñas siluetas que contemplaban el casco de la luna nueva. Lentamente descendía la inmensa brasa roja, y al ras de las olas su contorno deshecho lanzaba el último reflejo de los barcos incendiados al desaparecer entre las aguas oscuras.

Con Kanaroga y el padre de las mellizas trabajamos en ahondar el pozo de su casa. Algunos vecinos nos ayudaban. Palas viejas y comidas de orín, trozos de tablas, piedras y manos inquietas y desgarradas, todo nos servía en nuestra desesperación.

Arrojábamos afuera la tierra seca que no se agotaba nunca. Cuando aparecía algún filón húmedo le seguíamos con más avidez que si hubiese sido oro. Todos bajaban a tocar la ligera frescura, que era para ellos el anuncio más preciado.

Una mujer colocábase en la frente afiebrada puñados de esa tierra feliz, y muchos no resistían al vivo deseo de llevársela a la boca despellejada y reseca.

Los plátanos dulces tornaban más terrible la sed que seguía al comerlos; por esto buscábamos de preferencia raíces de plantas insípidas, a menudo lacias y sin savia.

Hubo un pobre muchacho que, por beber agua del mar, murió en medio de interminables convulsiones. Esa misma tarde supe que Coemata Etú

estaba enferma y quería verme.

La habían sacado de su casa y puesto en la proximidad del mar, según el sistema curativo de los isleños. Una fiebre alta la hacía, por momentos, delirar. Alguien dijo a mi oído que bebió agua de la poza de los sapos.

—Ven, me dijo al divisarme. Ven tú que has sido bueno. Voy a morir, porque distingo cosas que nunca había visto...

Cuán hermosa estaba medio incorporada sobre las verdes y grandes hojas de plátano de su rústico lecho. La frente, brillante de sudor; los ojos, con una luz vaga; los brazos desnudos y agitados. La respiración anhelante mecía sus firmes y pequeños senos que, pálidos, se asomaban por la entreabierta túnica como dos niños enfermos.

Tooa Tafune la acompañaba. Dos mujeres entristecidas, impotentes ante el mal, permanecían quietas y llorosas.

—Coemata Etú, le dije, ¿qué has hecho, pobre pájaro desventurado?

Sin oírme, queriendo deshacer su mano quemante de entre las mías, balbuceó palabras y relatos ininteligibles.

—¡Venid! gritaba, ¡venid! Aquí hay un camino de agua que corre sin cesar. Espero que concluya para ir hacia vosotros; pero ¡nunca termina, nunca! ¡Cuánta agua, cuánta! Ah! qué fresca está y cómo me llama. Cómo la beben mis pies heridos; cómo la beben mis piernas trémulas y mi vientre que moría de sed. La abrazo como abrazaría a un amante, y su cuerpo es fresco como la carne de un joven. Mis cabellos flotan sobre la corriente y quieren desprenderse para acudir a una cita. Los sigo, los sigo... ¡Oh! hermosa visión la que ven mis ojos al hundirse en el agua! ¡Ningún canto comparable al rumor que hace al penetrar en mis oídos!

Su voz se hizo cada vez más lejana y opaca como si hablase desde una profundidad creciente. Y en el tiempo en que el mahute se seca, moría Coemata Etú.

Cuando aun Tooa Tafune me rodeaba con sus menudos brazos, trémula y espantada, cerca de nosotros alguien profirió en gritos de una insólita alegría.

Era una nube que se divisaba. Dejamos abandonada a la pobre muerta y

corrimos desalados en todas direcciones. Venía como el barco de la abundancia, las blancas velas henchidas por un viento lejano. Su sombra avanzaba por el mar. La vimos acercarse. La vimos elevarse lentamente y ocultar por largo rato el sol. Ya estaba sobre nosotros. Ya nos anticipaba la frescura del agua que traía en su seno. Pero seguía y siguió volando hacia el oriente sin que ninguna gota de lluvia humedeciera nuestras locas ansias.

Dos, tres, cinco grandes nubes oscuras y amarillentas pasaron proyectando las sombras de sus alas gigantescas. La última cruzó en mitad de la noche y era toda negra, y tres veces más grande que las otras juntas.

Las primeras luces del alba nos encontraron en la playa bendiciendo a la noche misericordiosa. Ella era fresca como una flor. La luz de sus estrellas se hizo rocío, y por una breve mañana un polvo de agua brilló sobre la asolada Rapa Nui.

Por fin, un día amaneció el cielo encapotado. Nubes bajas y pesadas oprimían un aire fatigoso de respirar. Soplos bruscos, oleadas de viento denso e impuro caían sobre un mar de aceite. Manadas de yeguas seguidas de sus potrillos, enardecidas y temerosas, cruzaban con estruendo al gran galope, las crines agitadas, las narices abiertas y rojizas.

Adams llegó esa mañana. Nos estrechamos las manos silenciosos y emprendimos la ascensión del volcán. El sendero angosto no contenía a todos los isleños que resbalaban sobre el pasto escurridizo que crece sobre los barrancos. Todos llevaban sus calabazos para recoger agua. Un viejo, al apresurarse, cayó, rompiendo el suyo. Le oímos llorar. El último de la extraña procesión, yo, también seguí tras los isleños sedientos. Más allá del caminito estrecho, las laderas se veían sembradas de grandes guijarros. De vez en vez un montón de ellos coronado por tres rodados blancos indicaba sepulturas antiquísimas. De unas a otras las ratas corrían presurosas.

Cuando cesaron los soplos de viento, una calma inmensa pareció ensordecernos. Sólo se oía el leve chasquido de los pies desnudos sobre la tierra arenosa. Nadie hablaba; los niños iban llenos de gravedad. El horizonte se hacía cada vez mayor, y las casas de Angapiko veíanse pequeñitas. Una atmósfera mortecina lo anegaba todo en una palidez de fiebre. Nuevos golpes de viento cayeron como aletazos invisibles,

doblegando las yerbas menudas.

A medio camino, al borde de un barranco encontramos un grupo sentado con los pies colgando sobre el abismo. Una vieja profería en lamentos que sonaban como blasfemias u oraciones. Pero nadie hacía caso de nadie. Cuando alguno se ponía de pie, todos se llevaban la mano sobre los ojos a guisa de visera para escrutar el horizonte.

Un punto negro, tal el humo de un incendio, emergió por el poniente. Hacia el sur, una franja verde de cielo cristalino se veía por encima de las aguas turbias del mar.

—¡Evai! ¡Evai! (¡agua! ¡agua!) gritó una voz. Todos se detuvieron, observando con atención la nube negra ribeteada de rojo, que ascendía rápida y fantástica como una isla de acantilados y volcanes.

—¡Evai! ¡Evai! gritaron todos, y las voces anhelantes sonaron sordas en la atmósfera de plomo.

Se veía abajo las manadas de caballos, corriendo sin descanso llenas de presentimientos.

Habíamos alcanzado la boca ancha y profunda del cráter. Su fondo, cubierto de plátanos y arbustos, era de un verde mustio, pálido y tristón. En un extremo, un pajonal oscuro indicaba el sitio del agua consumida.

Casi todos los hombres permanecieron arriba. Adams, yo y unos pocos más descendimos al cráter.

Las mujeres rodearon el lecho enjuto de la pequeña laguna y los muchachos lloraban buscando a sus madres.

En las torrenteras sombrías veíanse grandes y hermosos helechos, y por todas partes los árboles, libres de la furia del viento, crecían sin la actitud trágica de los que afuera tienen que soportar los embates furiosos de los vientos del Pacífico. Una oscuridad repentina nos sobrecogió y todos levantamos la vista.

—¡Evai o'quimai! (¡venid agua!) gritaban. Del suelo brotó un sordo susurro. Las primeras gotas de lluvia, pesadas y veloces, removieron el polvo. Siguió un instante de calma e incertidumbre, y cuando todos veían con envidia las gotas que resbalaban por las hojas de los plátanos, un diluvio

torrencial cayó sobre la tierra con el rumor de un inmenso hervidero.

La vívida y repentina claridad de un relámpago, hizo que todo arrojase una sombra precisa y fugaz. Y el estruendo creciente y horrísono de un trueno, rebotó dentro del cráter como dentro de una campana gigantesca, el golpe ensordecedor del badajo.

Los hombres tiraban lejos sus casquetes de plumas, alargando sus cabezas descubiertas. Las mujeres, despojadas de sus túnicas, ofrecían sus cuerpos desnudos al azote de la lluvia sonora.

Los que se habían detenido al borde de cráter descendían a la carrera dando gritos de poseídos y haciendo contorsiones violentas.

Un aroma intenso emergía de la tierra y de las mujeres empapadas en agua. Las piedras y los cuerpos se veían brillantes.

XIII. Visión

Sobre una pirámide de piedras, entre su casa y el mar, estaba el cadáver de Coemata Etú. El pequeño y blanco envoltorio era como un niño abandonado cubierto con sus pañales. Las olas arrullaban su sueño. Una vez que fui a arrojar un puñado de flores sobre su cuerpo, un ave blanca, tal vez una gaviota, pareció salir de él, y volando, volando, se perdió de vista.

Veinte días después de la muerte de Coemata Etú, llegó la *Jean Albert*. Bornier no venía a bordo. Adams, intranquilo, tuvo que contentarse con las vagas explicaciones de una carta del francés.

Quiso retenerme, ofreciéndome cuanto le dictaba su inagotable fantasía: la reina no dejó hijos; era una oportunidad para declararse rey de Rapa Nui. Ofrecía compartir conmigo el gobierno de la isla.

Con pena me desprendí de sus brazos. Le prometí volver; pero bien sabía él y sabía yo que no nos veríamos más.

Kanaroga quedó contento porque le obsequié mis viejas prendas de vestir. A Jeca Majina no la vi en parte alguna. En cambio, Tooa Tafune iba a mi siga sin decir una palabra. Cuando la sorprendía mirándome fijamente, echaba a correr, y poco antes de embarcarme, huyó llorando, sin querer aceptar ningún regalo.

En la tarde abandonamos el fondeadero. La cadena del ancla salió cubierta de trozos de coral y de algas que chorreaban agua.

Una brisa que iba en aumento nos hizo avanzar rápidamente.

Cuando doblamos por afuera de los islotes de Mutu Rakau, el viento nos dio de costado; las velas temblaron y la barca se detuvo inclinada a babor. Una rápida maniobra nos devolvió el equilibrio y continuamos nuestro viaje.

Me encaminé a popa. Salté entre jabas llenas de gallinas y trepando al más alto fardo de los que obstruían la cubierta, contemplé cómo se alejaba

la ya distante Rapa Nui.

Se oía, entre los chasquidos de las olas al batir los costados del buque, una de esas melancólicas canciones de marineros.

Un viejo de blanca sotabarba llevaba el compás. Entre las voces roncas, un acento claro y juvenil volaba como un pájaro liviano que siguiera la marcha del barco. Una bandada interminable de gaviotas de blando y ágil vuelo nos acompañaba sin cansancio. El sol poniente teñía de anaranjado las blancas pechugas y las alas que batían la brisa de la tarde. Cuando algún desperdicio caía del buque, los breves graznidos de las aves formaban una estridente algarabía.

Al poniente y al extremo de la estela que dejaba nuestro paso, la Isla de Pascua elevaba su altiva silueta erizada de volcanes como de inmensos troncos renegridos. Quise imaginar la época remota en que un bosque altísimo de humo inmóvil, gris, amarillo y rojo, brilló como un otoño fabuloso perdido en la azul soledad del mar. Cuando al atardecer, su sangriento reflejo bajaba a las profundidades de las aguas, y su sombra crecía hasta alcanzar el confín del horizonte.

¡Oh! misteriosa y tranquila Rapa Nui; envidio tu corte de impenetrables gigantes de piedra, porque su origen nadie penetrará jamás.

¡Oh! isla de los higos llenos de miel y de los plátanos finos y olorosos; tú guardas los restos de la pequeña y amada Coemata Etú, que ahora duerme entre sus súbditos ingenuos y desnudos.

La noche que llega borra tu imagen; pero no tu recuerdo, y en medio de tus peces voladores mi pensamiento vuelve hacia ti, seguro de encontrarte al extremo de la estela fosforescente que va trazando en la negrura de las aguas el barco que me lleva a pueblos tristes y atormentados.

Feliz la vida de tus hijos que viven lejos de la fiebre y de la ambición de los hombres nuevos. Feliz y sabia la existencia llevada entre fiestas de amor y de abundancia, y únicamente sujeta a las aguas del cielo.

Pedro Prado



Pedro Prado Calvo (Santiago, 8 de octubre de 1886-Viña del Mar, 31 de enero de 1952) fue un escritor, pintor y arquitecto chileno.

De padre médico y agricultor, cursó sus humanidades en el Instituto Nacional e ingresó en el anexo de Arquitectura de la Escuela de Ingeniería, sin llegar a terminar su carrera. A los veinte años, cuando falleció su padre, empezó a ejercer alternadamente sus tres profesiones sin título: de arquitecto, agricultor y escritor. En 1949 se le otorgó el Premio

Nacional de Literatura. Murió en su residencia de Viña del Mar el 31 de enero de 1952, a las 20:15 horas, víctima de un síncope que lo dejó inconsciente.

Su poesía se inicia con «Flores de cardo», libro publicado en 1908, donde rompe con el molde de la métrica de la rima, siendo el iniciador del verso libre en el país. En 1910 funda la «Revista Contemporánea», una de las mejores de su tiempo en América. En 1912, con «La casa abandonada», introdujo los poemas en prosa, rompiendo la tradición versificada de la poesía y siendo fundador de la prosa poética.

Como novelista, su trabajo infundió al marco popular del criollismo la altura creativa y poética del imaginismo, alcanzando hondura filosófica. En este género debutó en 1914 con «La reina de Rapa Nui», una novela exótica donde, con la apariencia de una sencilla historia de amor, se presentan elementos del folklore isleño pascuense. Le sigue en 1920 la que pasó a ser su obra más importante y conocida: «Alsino», una historia con un plano mítico y filosófico relevante, escrita en prosa pero cargada de un lenguaje poético y simbólico, protagonizada por un pequeño niño campesino que sueña con emular a Ícaro.